

Popular Film



Los grandes concursos de POPULAR FILM

¿TENGO CONDICIONES PARA SER ARTISTA DE CINE?

Queriendo contribuir POPULAR FILM de un modo práctico al desarrollo artístico de la cinematografía española y sabiendo que entre sus numerosos lectores y lectoras hay muchos que se han preguntado más de una vez si reúnen condiciones para dedicarse al séptimo arte, abre un concurso fotogénico, en colaboración con la casa editora de películas, HÉRCULES FILM, de Madrid, bajo las siguientes

B A S E S

PRIMERA. — Todas las personas residentes en España, cualquiera que sea su estado y nacionalidad, pueden tomar parte en este concurso.

SEGUNDA. — Los que deseen concurrir a este concurso, deberán enviar a la Redacción de POPULAR FILM, por correo, y bajo sobre cerrado, diez boletines de los que se publican en todos los números de la revista con el título «¿Tengo condiciones para ser artista de cine?», escribiendo en uno de ellos el nombre y dirección de la persona que los envía y acompañados de un retrato en busto y otro de cuerpo entero del concursante, en cuyo respaldo especificará éste su edad, estatura, peso, color de sus ojos y cabellos, deportes que cultiva, conocimientos intelectuales que posee y detalle de las labores artísticas a que se haya dedicado.

TERCERA. — Al mismo tiempo, y para no retrasar el resultado de este concurso, publicaremos otro boletín de votación para que, una vez terminado el concurso, los lectores de POPULAR FILM llenen dos de estos boletines en el que escribirán los nombres del concursante y de la concursante a quienes otorgan su voto.

CUARTA. — Las fotografías que nos envíen los concursantes de ambos sexos, se irán publicando, por riguroso turno, en POPULAR FILM.

QUINTA. — Finalizado el concurso, que se cerrará a las doce de la mañana del día 31 de diciembre del año actual, se procederá, ante un notario de Barcelona, al recuento de votos.

SEXTA. — El concursante y la concursante que resulten elegidos, podrán disponer cada uno de ellos de doscientas cincuenta pesetas, que la Administración de POPULAR FILM les adjudica para el viaje a Madrid y residencia de siete días en la capital de España.

SÉPTIMA. — Nuestro representante literario en Madrid, don Luis Gómez Mesa, presentará a los triunfantes en este concurso, al director de la casa editora de películas «Hércules Film», cuidándose, además, de su instalación en Madrid.

OCTAVA Y ÚLTIMA. — Don Agustín García Carrasco, director de la «Hércules Film», se compromete a contratar, para que formen parte de su compañía, a los que resulten elegidos en este concurso, siempre que reúnan las condiciones artísticas necesarias para triunfar en la pantalla.

Gerente: Isidro Bultó Casanovas

Administrador y Apoderado: J. Olivet Vives

Director técnicoartístico: S. Torres Benet

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Director literario: Mateo Santos

Redactor jefe: Martínez de Ribera

Director musical: Maestro G. Faura

14 DE OCTUBRE DE 1926

Oficinas en Madrid: Hortaleza, 46, pral.

Delegado: Domingo Romero

Director: Luis Gómez Mesa

LA PERSONALIDAD DE VALENTINO

Los comentarios que la prensa de todos los países ha hecho a propósito de la figura de Rodolfo Valentino, de su vida y de su obra, hacen que queramos tomar, a nuestra vez la pluma, para deslindar campos y poner las cosas en su sitio, de modo que no falte en el fárrago que la pseudo-literatura cinemática ha dedicado a Rudy, la modesta opinión de POPULAR FILM, que tiene ideas propias sobre estos dominadores del éxito y sabe la causa del por qué ha sido tanta la popularidad que Rodolfo Valentino ha alcanzado en el mundo entero.

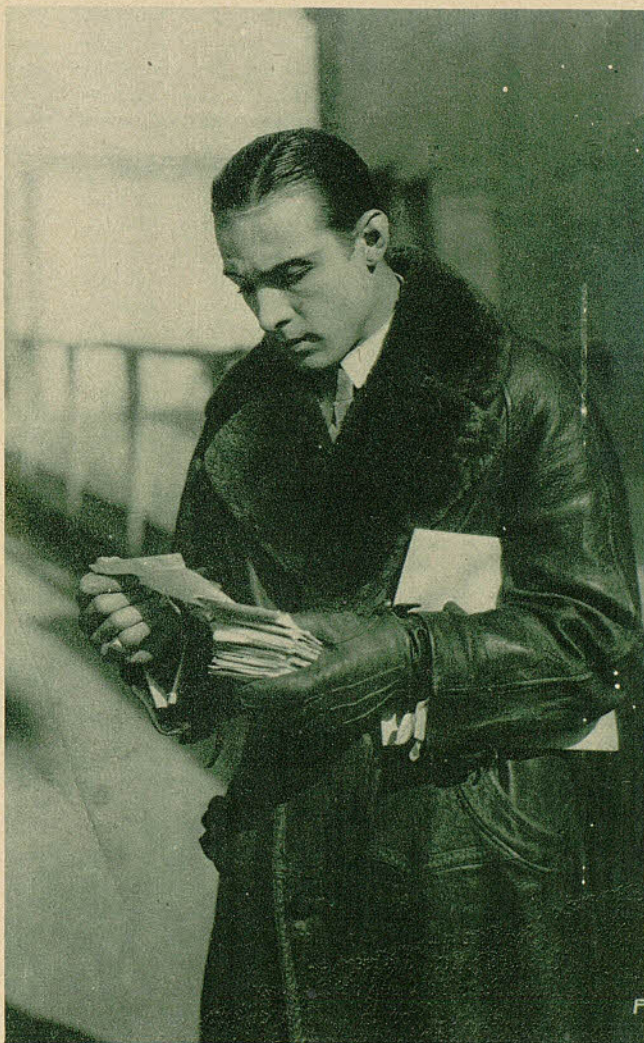
Rodolfo Valentino era, según alguno de los cronistas que le trataron, un hombre vulgar, o por lo menos uno de esos seres que son indiferentes. Ninguna genialidad ni ningún principal hechizo le hacen colocarse en el puesto que por el renombre alcanzado le pertenece. A Rodolfo Valentino en la calle muchas mujeres le hubieran despreciado; en la pantalla pocas hubiesen dejado de aceptarle. Y es que Rudy tiene dos personalidades: la una, llena de encanto, de juventud y de belleza; la otra, sujeta a la vulgaridad de una vida prosaica, en la que lo ideal no llega nunca y cuando parece haber llegado, le huye de las manos.

Si analizamos bien su obra, nos daremos en seguida perfecta cuenta de que su personalidad no vivía ninguna eterna inquietud espiritual: las que alteran su espíritu, son las mismas que todo hombre lleva consigo y que son producto de los trastornos en que la lucha diaria nos envuelve. Imaginóse mal estudiante en Italia, hombre de placer en París y bailarín en Norteamérica, y reconoced con nosotros que Rodolfo Valentino no era nada más que un hombre guapo, que debió su reputación a lo expansivo del séptimo arte.

El cine, como cualquier arte, exige a sus cultivadores cualidades especiales si es que han de sobresalir en él, aunque esto no puede significar desdén por los conjuntos que son los que hacen que se destaquen y acusen, debidamente, las líneas y matices artísticos de los principales intérpretes. Y esto es lo que, en realidad, ha hecho el cine americano: rodear a las figuras preeminentes de la pantalla, de grandes y disciplinados conjuntos para que la personalidad de aquél quede mejor perfilada y definida.

Claro que la comprensión del arte a lo anglosajón, puede

ser un defecto cuando tiende a generalizar, pues únicamente en lo individual, que logra universalizarse por su propio mérito, puede basarse un genio para hacer obra de arte.



El principal encanto de Rodolfo Valentino era el de tener una personalidad que tan admirablemente se acusa y que se continúa, tan formidablemente definida, a través de toda la obra realizada. Ante esta cualidad suya, tan interesantísima y tan esencial, nosotros que no le reconocemos otras de las muchas que encima le colgaron, nos inclinamos ante él y comprendemos sus éxitos en este, al que llaman y lo es, difícil arte de la pantalla.

El triunfo de Valentino es el triunfo del latinismo y constituye la primera piedra del alcázar que la cinematografía latina ha de levantar ante los asombrados ojos del mundo entero, como prueba de su genio creador y prolífico, tanto en sonido como en forma y concepción.

Para darse cuenta perfecta de la veracidad de este aserto, no es preciso lanzarse a campo traviesa por el mundo de la imaginación: basta tan sólo medir el alcance de nuestra producción artística y compararla con la de esos pueblos jóvenes que no tienen en su abono — dentro del arte — obra alguna en que basar un futuro porvenir glorioso, y solamente viven a expensas de una producción costosa y sin carácter definido, que no tiene de arte puro más que lo que algunos elementos estéticos dispersos la prestan.

Al perder a este actor, que tan alto supo colocar su nombre y su raza, pierden los norteamericanos uno de sus principales elementos, y los latinos el representante que en Norteamérica había llegado a ocupar el puesto de honor de los principales galanes, por contar precisamente con esa sublime cualidad que todo buen latino posee, y que ha sido causa del esplendor de la raza, que a pesar de sus defectos múltiples, poseía en su tan cacareada individualización el impulso más formidable que vive en el hombre y le obliga, por creerse rey de la creación y ombligo del mundo, a todos los grandes hechos románticos que a través de la historia prueban la potencialidad creadora de esta raza, domadora de pueblos y de voluntades, que dió vida al alma muerta de las civilizaciones antiguas con su aliento genial. Con Valentino pierde el cine una de sus preeminentes figuras.

Sobre una existencia corta, pero rica en acontecimientos

Reconozcamos, ante todo, mérito al artista de cine, pues si no es así, sobra cuanto vamos a escribir.

Para brillar en la pantalla no basta tener buena figura y una cara bonita, se necesita algo más: listeza en grado que se salga de lo común, rápida comprensión de las cosas y conocimiento perfecto de lo que es y significa la profesión que se cultiva. El arte mudo, ya lo dice su mismo nombre — disimulad la paradoja —, es arte de gestos, de movimientos, de expresión; por lo que requiere una preparación muy distinta que la teatral. Lo que en un escenario son palabras, en el blanco lienzo se convierte en ademanes y actitudes. Por eso sucede con frecuencia que aquellos que provienen de las huestes de Talía fracasan en el cinematógrafo (evoquemos entristecidos los desgraciados ensayos pelicularos de los formidables Sarah Bernhardt, Eleonora Duse, Tina di Lorenzo, María Guerrero, Ermette Zacconi, Mouney Souilly y Enrique Borrás).

Es, desde luego, preferible contar con antecedentes artísticos a ser un advenedizo. Mas si el arsenal de cultura artística que se posee no procede del ejercicio del noble — noble, ya que contribuye a que las gentes olviden por un rato y de agradable manera las amarguras del eterno batallar por la vida — oficio de Palma y Maíquez, mejor que mejor, pues el peligro de caer en afectación es menor. Al que actuó en el retablo de maese Pedro, siempre se le notan ciertos resabios de hablador y marcada tendencia a gesticular cual si precisaran la espontaneidad y la naturalidad de la exageración, cuando son incompatibles.

He ahí las primordiales cualidades cinéticas. Con espontaneidad, con naturalidad, el triunfo es seguro. Y si se sabe adoptar de vez en vez y con oportunidad determinadas y personales posturas, al éxito irá unida la admiración sincera del público. Incluso se considerará como estilista al que tal haga, y se le elevará a extraordinarias alturas, como ocurrió con el desventurado Rodolfo Valentino.

Rodolfo Valentino, inteligencia despierta, descubrió en seguida todas las intrínquilas del campo del film. Y su victoria fué casi de fulminantes efectos. Casi y no instantánea por completo, porque, no obstante sus tentativas para usar el ascensor, subió a la meta de la gloria y del dinero por una molesta escalera de caracol y tramo a tramo. El que su llegada al final llamase poderosamente la atención, debióse sin duda a lo silencioso de su pisada.

Valentino (apellido que sustituyó al auténtico: Guglielmi), nacido en un pueblecito del mediodía de Italia y perteneciente a una familia de burgueses, sintió, apenas traspuso los umbrales de la adolescencia, la comezón de la popularidad. Ni siquiera apuntaba el bigote en su rostro aniñado, y ya simulaba un afeitado para presumir de hombrecito. Su carácter independiente ocasionóle infinidad de enfados con sus padres. Aunque le agradaba estudiar, le fastidiaba ceñirse a un plan fijo, y se negó a seguir una carrera. Dotado de finísimo oído aprendió música y baile. Diversas circunstancias, que sería prolijo e inútil enumerar, le fuerzan a recurrir a su habilidad de bailarín para no morir de hambre. Y es entonces cuando aparece en los «cabarets» y «dancings» de moda de Europa Rodolfo Valentino.

Empujado por su ansia de celebridad, se marcha a Yanquilandia a buscar el vellocino de oro. Y la suspirada «tierra de promisión» le es, al principio, ingrata. Agotados sus ahorros se le quedan los bolsillos limpios, y vese obligado a dormir al raso, en los bancos de los paseos; colocado, luego, como camarero, la fatalidad se ceba en él, y es despedido injustamente. Y en escaso tiempo es «cow-boy», limpiabotas — a la sazón si Valentino no andaba con los pies descalzos y cubierto de mugre y harapos, como un porcosero, poco le faltaba —, jardinero, mancebo de botica, recadero y hasta «extra» en los estudios californianos. Por esta época desempeña papeles sin importancia — y empeña sus ropas — en varias producciones, contempladas por nosotros: «Los farsantes», de la Metro y por May Allison; «Ambiciones mundanas», de la Universal y por Dorothy Phillips; «El camino del amor», con Clara Kimball Young de protagonista, etc...

Vuelto Valentino a la danza, «conquista» a una muchachita romántica, Juana Acker, con la que se casa. La dicha es fugaz y viene el divorcio por mutuo hastío.

Cansado de luchar, negro pesimismo se apodera de Valentino, y añora, nostálgico, el cielo de Nápoles, los canales y palacios de Venecia, los imponentes y venerables monumentos de Roma...; mas conoce a Winifred Hudnut (más adelante Natacha Rambowa), su segunda mujer, y, con el amor en su pecho, entra de nuevo en liza con insospechado brío.

Se digna mirarle la Fortuna, y se encuentra de golpe y porrazo en mareante cúspide. Es ya el creador de Julio Desnoyers en «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», y de Armando Duval en «La Dama de las Camelias», y las esplendentes «estrellas» Alice Terry y Alla Nacimova son sus compañeras.

Aclamado por la afición entera, al «astro» hallado por Rex Ingram le llueven los contratos. Y se le aplaude: en la adaptación de la novela de Honorato Balzac «Eugenia Grandet»; en «El grumete del velero», con la arrebatadora Dorothy Dalton; en «Sangre y arena», encarnando al bravo torero Juan Gallardo; en «El caído», realzando su personaje de enérgico y ardiente hijo del desierto, domador de fierrecillas rebeldes, como la encantadora Agnes Ayres; en la galante reconstitución de la corte de Luis XV de Francia, titulada «Monsieur Beaucaire», junto con Bébé Daniels, Lois Wilson y Doris Kenyon; y en «Más fuerte que el amor», con Gloria Swanson, y en «El Rajá de Dharmagar» y en «El águila negra», etc...

Deseoso de disfrutar una temporada de descanso — acababa la Paramount de ganar un pleito, y enojosos asuntos profesio-

nales proporcionábanle cotidianos disgustos —, Valentino viaja con su esposa por el viejo Continente. Y visitan Francia, Inglaterra e Italia. La querida patria de Valentino le recibe friamente. Esto desazona al artista. Regresa el matrimonio a París, y Natacha y Rodolfo, al notar que Cupido deshabitó sus corazones, se separan amistosamente.

Y otra vez, a la vorágine neoyorquina.

Durante la prolongada ausencia de Valentino, se adueñó de la multitud la polaca Pola Negri, traída de Alemania por la Famous-Players para resucitar «La marca de fuego» y «Bella Donna». Se relacionan Pola y Rodolfo y surge una pasión avasalladora, que promete transformarse en la boda tercera de la serie. Pero se revela de sopetón la traidora enfermedad. Se impone una extrema resolución. Y se opera a Valentino de apendicitis, en apariencia felizmente. Sin embargo, el mal se complica por el lado menos esperado — se temía la gangrena —, por una endocarditis séptica. Y el gastado corazón, pese a su poca edad — treinta y un años —, del astro, se para en medio de desoladora consternación.

Detrás del fallecimiento del moderno Don Juan desfila un interminable cortejo de noticias sensacionales, que sirven para propagar los reestrenos de sus obras: el suicidio de la joven y chiflada Margaret Murray Scott, presa de inmenso dolor por la desaparición del ídolo; las innumerables histéricas que rasgan sus vestiduras y vierten raudales de lágrimas delante del adorado cadáver, en señal de hondísima y escandalosa pena; las cargas de la policía, con sus correspondientes heridos para despejar los alrededores de la capilla Campbell de grupos de curiosos que anhelaban contemplar al muerto; la fabulosa cantidad que cobrará la casa editora que aseguró la vida a Valentino; el millón de dólares de herencia...

Con velocidad de visión cinematográfica y en forma desordenada, de bosquejo, trazamos la biografía de Rodolfo Valentino, que era lo que pretendíamos. Realizado nuestro propósito, cúmplenos repetir con el filósofo ignorado: el vivir no es extensión, sino intensidad, no es permanecer largo tiempo en este mundo, sino no desperdiciar ni un minuto. Y para conseguirlo, lejos de abandonarse al cómodo «para cuatro cochinos días que vive uno!», lo indicado es imitar los ejemplos de constancia que la realidad ofrece a diario. La breve existencia de Rodolfo Valentino, no abundará en virtudes; mas constituye, para los débiles de voluntad, una enseñanza que estimula a luchar y a vencer.

LUIS GÓMEZ MESA

BOLETÍN para tomar parte en el Concurso de POPULAR FILM

“¿Tengo condiciones para ser artista de cine?”

Nombre del concursante

Domicilio

Número

Población

Provincia

Firma:

BOLETÍN de votación para el Concurso de POPULAR FILM

Nombre del votante

Domicilio

Número

Población

Provincia

Voto por

Firma:

Rodolfo Valentino, o la emocionante novela de su vida

La existencia de Rodolfo Valentino constituye en la actualidad la más emocionante de las novelas.

Hijo de un médico militar italiano, Rodolfo Guglielmi, y de una dama francesa, Valentina d'Antongne, Rodolfo estaba destinado a seguir la carrera de las armas; pero el destino quiso llevarle la contraria.

Al poco tiempo de ingresar en una Academia militar salía de ella dirigiéndose a Francia, donde se lanzó a una vida alegre y alocada, que le costó la fortuna de sus padres.

Al verse arruinado se marchó a América, en cuyo país numerosos compatriotas suyos habían hecho fortuna.

Sin embargo, sus comienzos en América no indicaban que fuese a imitar a sus compatriotas en lo de hacerse rico en seguida, pues vióse obligado a desempeñar los más diversos oficios para ganarse el sustento, siendo, sucesivamente, camarero de un hotel, palafrenero, jardinero y, más tarde, secretario de un millonario y agente de bolsa.

No obstante, Valentino no se desanimó, y poco tiempo después cantó formando parte de una compañía de ópera, y luego, en un corto intervalo de tiempo, se hizo bailarín y figurante cinematográfico.

Claro que ninguno de aquellos oficios

estaba en consonancia con lo que él había soñado. Mil veces clamó contra la negrura de su estrella, que parecía perseguirle con encono en aquella tierra, para él hostil y poco acogedora.

¡Qué de bajezas se vió obligado a soportar para no sucumbir a la miseria!

Pero todo tiene un término, y Valentino llegó a ser pronto uno de los bailarines más famosos de Nueva York. Y esto fué, precisamente, lo que le llevó al cine, pues algunos directores cinematográficos se fijaron en él por su dominio de las danzas modernas y antiguas, y de un modo especial Rex Ingram, el cual consiguió hacerle un nombre entre los artistas de la pantalla.

Su conocimiento de la danza le conquistó el afecto de Mae Murray y de Nazimova, y la danza ocupa siempre en el curso de su carrera, corta, pero brillante, uno de los primeros lugares. Basta con recordar sus principales creaciones. En «Los cuatro jinetes del Apocalipsis» ejecuta, al comenzar la película, un tango que todavía está presente en el recuerdo de todos los amantes del cine. En «Monsieur Beaucaire» dirige con singular maestría los minuets y las danzas antiguas, llenando su cometido a la perfección. El tango de «La Hacienda Roja», con Helene D'Algy, y el voluptuoso vals de «El Aguila Negra», son tam-

bién buenas pruebas de lo que decimos.

En amores no fué más afortunado que en la elección de sus primeros oficios en América.

En 1919 tomó por esposa a Jean Acker, la cual le abandonó seis días después de la boda, presentando una demanda de divorcio con el pretexto de que Valentino se conducía cruelmente con ella.

Sin embargo, fué Jean Acker la primera en acudir a la cabecera de su lecho, asistiéndole con gran abnegación en sus últimos momentos.

Su segunda mujer fué Winifred Hundunt, hija del rey de los perfumes y cómico y pintor decorador de mucho talento. A Winifred Hundunt se la conoce más que por su nombre, por el de Natacha Rambova. Natacha o Winifred hizo anular su matrimonio en París, el año pasado, y cuando efectuaba con Valentino el viaje de novios.

Ultimamente se dijo, y es cierto, que Rodolfo Valentino se iba a casar por tercera vez con Pola Negri.

Además, en una villa de Los Angeles, una hermosísima trágica, llora con hondo dolor un bello sueño roto.

Y cientos de mujeres de todos los países, han soñado también, más de una vez, con ser las enamoradas del genial artista, al que ha arrebatado la Muerte del ancho escenario del mundo.

Las grandes creaciones de Valentino

Vamos a mencionar, si bien sucintamente, algunas creaciones del genial actor, ha poco desaparecido para siempre, aunque vivo en la pantalla por su arte soberano.

En «El Caído», de George Melford, un drama de aventuras donde el amor juega el principal papel, conquista la simpatía del público, a pesar de lo inverosímil del argumento. Jamás se había contemplado en el blanco lienzo un caballero del desierto tan simpático, ni nunca pudo imaginarse un momento más bello que el que realizan el jefe árabe y su linda y enamorada cautiva.

Más deportivo, en «El grumete del velero», personifica un joven y vigoroso lobo de mar, dando muestras en esta película, de ese temperamento apasionado y dulce que culmina en «Más fuertes que el amor», film en el que viste a la moda de la Restauración y en el que juega su papel en compañía de Gloria Swanson.

No transcurrió mucho tiempo sin que la labor de Valentino fuese admirada por Fred Niblo, el cual le confió, encantado, el papel de Juan Gallardo, de «Sangre y Arena», pues nadie como este actor podía llevar el traje de luces y hacer vivir, con una fogosidad tan latina, la existencia emotiva de este rey de la arena, que tan magistralmente ha sido creado por Vicente Blasco Ibáñez.

¿Quién no recuerda las famosas escenas pasionales que realiza en esta película con Nita Naldi y los dolorosos momentos que vive con Lila Lee, encarnadora de la esposa abandonada? Y, ¡cuán trá-

gico el fin del torero, expirante sobre la arena del circo, mientras la muchedumbre, que llenaba la plaza, gritaba enardecida!

Después de «Sangre y Arena», Valentino interpretó «El joven Rajah», la que no se realizó a su gusto, por lo que rescindió su contrato con la Paramount.

Esta tregua en su trabajo la aprovechó Valentino para hacer un viaje de recreo por Europa, donde se aseguraba que el gran actor filmaría una película para una casa francesa o italiana. Esto no pasó de proyecto, y al volver a Nueva York se contrató de nuevo con la Paramount para la que, inmediatamente después de su regreso, interpretó el papel de Monsieur Beaucaire para la obra del mismo nombre. En la caracterización de este personaje obtuvo uno de los mayores triunfos de su vida artística, pues resucita a uno de los grandes señores del siglo XVIII, llevando la ropa con sorprendente naturalidad y ejecutando, con suma destreza minuets, danzas de la época, sin que abandonara por eso la parte sentimental del argumento. ¡Qué de cuadros admirables contemplamos en este film, en el que Wateau, Fragonard y Bucher, parecían haber colaborado!

En «La Hacienda Roja», Rodolfo realiza una labor admirable, cuya acción se desarrolla en el país de los gauchos, y en la que obtuvo un éxito personal.

«Cobra», que nuestros lectores podrán admirar muy pronto, y de la que publicamos varias escenas en este mismo número, es la última película realizada por Valentino para la Paramount.

Sus últimas producciones fueron edita-

das por los Artistas Unidos, para los cuales, y bajo la dirección de Clarence Brown, realiza «El Aguila Negra», que es otra de sus grandes creaciones.

Caballero admirable, actor experto y galán joven capaz de expresar los sentimientos más delicados y diversos, Rodolfo Valentino ha llegado a ser el artista dilecto de las damas a las que su corto eclipse en la pantalla, hacía las soñar en las nuevas creaciones de su ídolo.

Entretanto, la muerte acechaba a este favorito de la gloria y, apenas terminado su último film, «El hijo del Caído», una enfermedad traidora lo llevó a la tumba. ¡Cuántas lágrimas han vertido ya por él las mujeres de todo el mundo!

«Vedettes» que han trabajado con Valentino

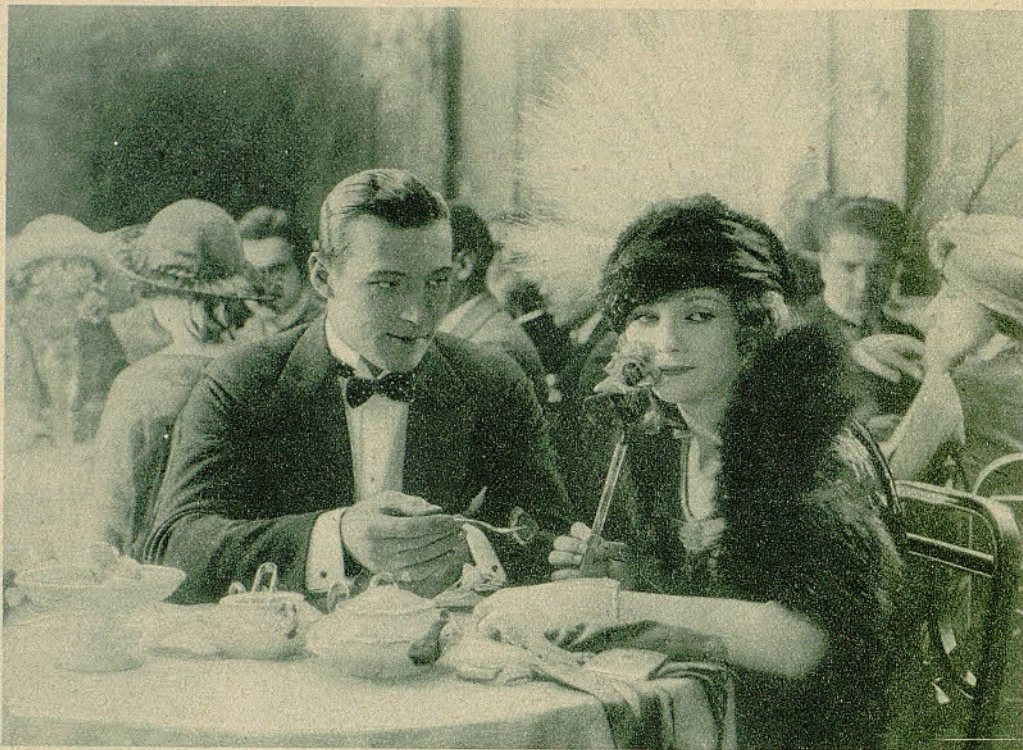
Fueron muchas las «vedettes» que actuaron con Rodolfo Valentino, habiendo sido seleccionadas entre las más notables estrellas de la pantalla.

Bastará nombrar algunas para darse una idea exacta de que para trabajar junto al desaparecido actor, era preciso haber adquirido antes un nombre artístico resplandeciente y sólido.

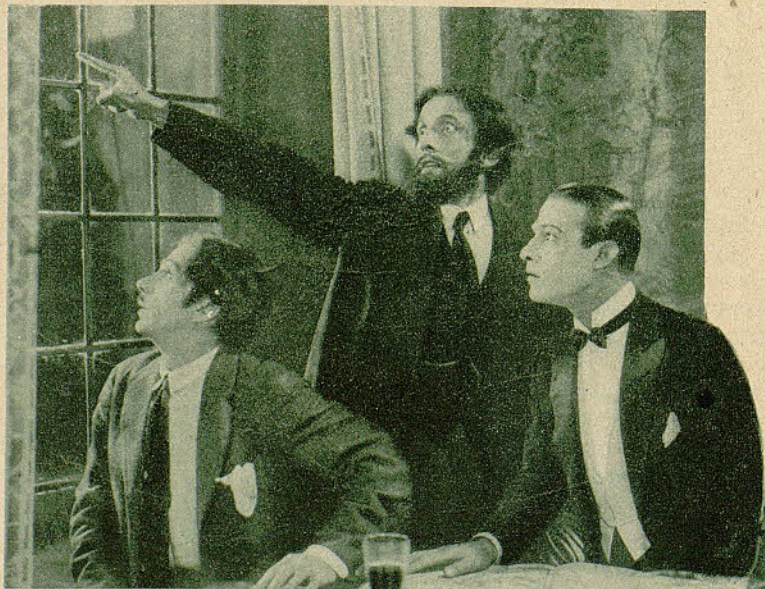
Alice Terry, Alla Nazimova, Gloria Swanson, Nita Naldi, Lila Lee, Dorothy Dalton, Wanda Hawley, Bebé Daniels, Lois Wilson, Helene D'Algy, Doris Kenyon, Agnes Ayres, Vilma Banky...

¿No bastan estos nombres para recalcar que Valentino ocupaba el primer lugar entre los artistas del arte mudo?

Valentino en "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis" y "Sangre y Arena", películas basadas en dos novelas de Vicente Blasco Ibáñez



En "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis", Alice Terry fué la co-star del gran actor desaparecido para siempre; pero que vivirá mucho tiempo por su arte en la memoria de todos.





RODOLFO
VALENTINO
EN LA PELÍCULA
PARAMOUNT

“MÁS
FUERTE
QUE EL
AMOR”



La “partenaire” de Rodolfo Valentino en la película a que pertenecen las fotografías que ilustran esta página, fué la encantadora y célebre “estrella” Gloria Swanson, una de las primeras artistas que admiraron el arte exquisito de Valentino y que tuvieron la suerte de aparecer con él en la pantalla.



Rodolfo Valentino, creador de la película romántica americana

Un comentario de "L'Intransigeant"

Antes de debutar Valentino en los estudios de Norteamérica, merced a la iniciativa de Rex Ingram, la mayor parte de las películas americanas estaban interpretadas por jóvenes bien musculados, para los cuales la razón del más fuerte era siempre la mejor. Para ellos, el golpe de puño, o la destreza para conducir un automóvil o un avión, importaba más que los sentimientos.

El método americano se diferenciaba de la escuela latina en que, mientras en aquél predominaba la fuerza física y el héroe era el que tenía más fuertes puños, en ésta triunfaba don Juan o el héroe de Musset, el conquistador del corazón femenino.

Al surgir Valentino, con «Eugenia Grandet» y «La Dama de las Camelias», dos creaciones en que vibra la pasión intensamente, el gran público admiró en él al actor aureolado de romanticismo. Con «Los cuatro jinetes del Apocalipsis» se revela como un pasional de primer orden, y tanto los americanos, como el resto de los espectadores del todo el mundo, se

entusiasmaban con el trabajo del gran actor que introducía una nueva modalidad en la película americana.

¡Oh, las escenas de amor de Julio y Margarita Laurier (Alice Terry), en «Los cuatro jinetes del Apocalipsis»; escenas de amor que llenaban los ojos de lágrimas por lo admirablemente realizadas! ¡Y qué emoción la que producían en el público femenino, por estar animadas con tan natural y sincera intensidad!

Desde entonces, el nombre de Rodolfo Valentino logró tanta celebridad como el primero. Y fué admirado por todos: hombres y mujeres. Muchas de éstas se forjaron un ideal a su imagen y semejanza.

Las cartas perfumadas de sus admiradoras, las cartas que llegaban a sus manos de los lugares más lejanos, se amontonaban en la mesa de su despacho. Era el hombre de moda, el artista que más dinero ganaba y, en una palabra, el «As» de la pantalla que más corazones femeninos había rendido.

los amantes del cine no habían producido un duelo semejante. Wallace era un primer galán deportivo, al que poco a poco se le veía agotarse, minado por la enfermedad que segó su vida. Por el contrario, Rodolfo, el galán joven latino, que unía en sus creaciones la acción a la emoción, ha muerto sin que nadie pudiera imaginar que estaba tan próximo su fin.

La competencia Valentino - Novarro

Después de sus primeros éxitos, las compañías cinematográficas se disputaban la colaboración de Rodolfo Valentino, al que le ofrecían ventajosos contratos. Esto decidió a Rex Ingram a lanzar un nuevo galán joven — Ramón Novarro — el que empezó pronto a imponerse a los públicos de todos los países.

Valentino, en vista de que la Metro Goldwyn Corporation contaba con un elemento de tan alto valor artístico como Ramón Novarro, aceptó las proposiciones de la Paramount, y si bien es cierto que Rex Ingram descubrió al actor, la Paramount lo dió a conocer en películas tan bellas como «El Caído», «El grumete del velero», «Más fuerte que su amor», «Sangre y Arena» y «El joven Rajah», cuyas sucesivas creaciones le colocaron, definitivamente, a la cabeza de los grandes artistas cinematográficos de América.

Con Rodolfo Valentino perdemos el prototipo del cineasta latino y un verdadero carácter de la pantalla.

Se ha podido discutir su talento de actor, su tan cacareado encanto, su atrayente simpatía; lo que no se le ha podido negar nunca es que él ha llevado a la pantalla, con su propia personalidad, un elemento nuevo con el que ha logrado la conquista del mundo.

Extraña celebridad es la de un hombre como él. No se sabe nunca si es buen actor o si es solamente pasable, y su simpatía no es una cosa que, como cierta, den los que le trataron. Además, su mirada está falta de bondad, y únicamente es excelente para las escenas de venganza y pasión.

Conocemos dos galanes jóvenes que, estéticamente, son más bellos que Valentino y más armoniosamente simétricos; mas a pesar de todo esto, Rodolfo Valentino nos atrae con un poder casi invencible. Los que no le admiran y le desdennan como actor, lo hacen por espíritu de contradicción bien explicable: están contra él, porque todo el mundo está a su lado, y al colocarse ellos frente a la humanidad entera, tratan únicamente de llamar la atención general.

Yo he conocido a Valentino — dice el cronista — en la mesa, y durante el curso de una conversación, abandonado a los recuerdos; he convivido con él, cuando ninguno de los dos precisábamos perder el tiempo preparando una entrevista o un artículo, y francamente, jamás he podido comprender a su lado la impresión que me causaba su labor en la pantalla, a pesar de que es amable, simpático, seductor y espiritual. Su temperamento latino nos une a él, y la lengua francesa, que era la de su madre, y que hablaba como un verdadero francés, nos le hace querer.

Le falta, sin embargo, a la vida de Rodolfo Valentino ese brillo que presta a la pantalla, y que es uno de los misterios más sutiles de la fotogenia. El personaje que en el plano normal no nos hallamos nunca, se hace visible bajo la acción sensibilizada del objetivo.

No es posible asegurar cuál film de los por él creados, es el mejor. Obligado a crear un género comercial, se encuentra con directores de casas editoras de películas que se encargan de asignarle el papel de hombre amado, que es el más fácil para vencer. Rodolfo Valentino no tuvo genio creador, y llegó a ocupar el puesto que ocupó, por la elegancia y distinción de sus movimientos y por su instinto natural, por la danza y por todo lo que era ritmo físico. Fué uno de esos seres maravillosos, a los que la voluble fortuna se encargó de hacer representar ante nosotros un ideal de amor.

Debe ser admirado y aplaudido, porque fué como uno de esos pequeños milagros de la Naturaleza, que de tiempo en tiempo aparecen sobre nuestro camino, sin que sepamos exactamente por qué.

BOISYVON

(L'Intransigeant)

A Rodolfo Valentino le bastaron cinco años para rendir a la gloria; Sara Bernhardt necesitó medio siglo para que se la admirase en el mundo

A estas horas, Rodolfo Valentino, el «bello Rudy», como le llamaban sus enamoradas, duerme su sueño postrero después de conquistar un renombre universal.

Por espacio de ocho días, ante las puertas de la mansión mortuoria, se han ido sucediendo las escenas patéticas, en las que el dolor sincero de las admiradoras de Valentino, ha dado la medida de lo bienamado que fué el artista y el hombre.

La policía tuvo que contener, que repeler a los innumerables admiradores de ambos sexos que querían desfilar delante del cuerpo exánime del celeberrimo actor para rendirle el último tributo.

Poco ha faltado para que la política no entrase también en juego, y que fascistas y antifascistas no se disputasen el cuerpo del actor italiano.

Un caso semejante al de Valentino no ha ocurrido jamás en parte alguna. Los obsequios recibidos por la gran trágica francesa Sara Bernhardt, cuya celebridad era mundial también, no son nada si se les compara con los que recibió este malogrado artista de la pantalla, muerto en plena juventud. A Sara Bernhardt la hizo falta medio siglo para que el mundo entero reconociera su talento, su arte, y la rindiese pleitesía como a una diosa. A Rodolfo Valentino le bastaron cinco años para alcanzar el pináculo de la gloria. Tal es la fuerza de difusión del cinematógrafo por la que sus principales intérpretes son conocidos y apreciados en toda la redondez de la tierra.

Después de la muerte de Wallace Reid,

Popular Film
le informará a usted
semanalmente de todas
las novedades cinematográficas del mundo.

Popular Film

Valentino, alumno de Dempsey

Rodolfo Valentino tomó poco antes de su muerte lecciones de pugilato de Gene Delmont, conocido en los Estados Unidos con el sobrenombre de «Caballero Gene». Jack Dempsey, famoso campeón pugilista mundial, y amigo íntimo de Valentino, presenció en más de una ocasión los progresos pugilísticos del refulgente astro de la cinematografía e intervino en la lección con pertinentes consejos, que Valentino se apresuró a aprovechar.

Durante la impresión de las escenas de la película «Cobra», Valentino se levantaba todas las mañanas a las seis para entrenarse durante un par de horas con Delmont. Hablando con un reportero americano acerca de la nueva afición de Valentino, Delmont dijo que el eminente protagonista de «Sangre y Arena», «Mon-

sieur Beaucaire» y otras bellas películas de la Paramount, sería un pugilista excelente, tanto por la ligereza de sus pies como por la fuerza de sus puños. Valentino—continuó diciendo Delmont—está dotado de una constitución atlética que muchos profesionales del «ring» quisieran para sí.

«Cobra» es la adaptación cinematográfica del drama «Cobra», original del insigne dramaturgo Martin Brown, el cual se representó durante siete meses consecutivos en uno de los principales teatros del famoso Broadway neoyorquino. En el reparto de la película, impresionada por la Ritz-Carlton Pictures Inc., y distribuida en el extranjero por la Paramount, figuran los nombres de Nita Naldi, intérprete del principal papel femenino, Gertrude Olmstead, Casson Ferguson, Eileen Percy y Clara Lorenz.

La sortija de Valentino

Rodolfo Valentino llevaba constantemente una sortija que le había regalado un desconocido en uno de sus viajes a Italia, al cual jamás había vuelto a ver.

Este misterioso personaje, al entregarle la joya, había simplemente dicho:

—No la abandonéis jamás, pues hacerlo os causaría la más tremenda de las desgracias.

Muy poco tiempo antes de su muerte, el que dió vida tan magníficamente a «Monsieur Beaucaire», perdió, no sabe dónde ni cómo, la curiosa sortija.

Los acontecimientos se precipitaron y dieron razón al misterioso personaje que regalara a Rudy la joya fatal.

Valentino ante la muerte

Semanas antes de su muerte, Rodolfo Valentino se quejaba melancólicamente, con una expresión lejana en su mirada, que se perdía en el infinito de sus recuerdos, de no haber logrado conquistar al público de su raza, como lo hiciera con el público anglosajón.

Era esto en los salones del hotel Ambassador, allá por las vísperas del estreno de «El hijo del Caído», y unos días antes de caer enfermo. Ya estaba delicado en aquel entonces, y nos confiaba, como si comprendiese su fin cercano, el desengaño con que la vida llenaba sus horas y el pesar que, por no haber llegado a lo definitivo ni en la vida ni en el arte, atenazaba su espíritu.

Rodolfo Valentino era un pasional, y como todos los grandes pasionales, su temperamento estaba dotado de una sensibilidad excesiva y una sinceridad exagerada: no solamente en lo que se refería a su arte, sino también en aquello concerniente a su vida de relación en la que, a pesar de sus equivocaciones, dejó a la vez que algo de su espiritualidad, una emoción eterna que aún atormentaba sus recuerdos y le hacía quejarse decepcionado de su juventud.

Fueron sus primeros pasos en la vida equivocaciones intensas, que hicieron que llegase sin preparación especial a la carrera, en la que había de triunfar, en el corto espacio de seis años.

Desembarcó en Nueva York en busca de trabajo el año 1913, cuando apenas tenía diez y ocho años, y fué a su llegada empleado en casa del banquero Cornelius Bliss: trabajó más tarde de jardinero en el Parque Central de la Villa de Nueva York, pero sentía la nostalgia de los cafés y salones de baile, y dejó los jardines del Parque Central por otros jardines donde la alegría y el placer triunfaban. Un camarero de un hotel le prestó un frack y le colocó de bailarín en «Maxim's», un pequeño restaurant de moda, donde logró muy pronto hacerse un nombre entre los bailarines más famosos de la gran ciudad. No le sedu-

jeron, sin embargo, estos fáciles éxitos, y decidió contratarse en una compañía de opereta, a la que abandonó en California para contratarse como figurante en un estudio de Hollywood, que es donde empezó la carrera que cinco años después le había de convertir en el hombre más admirado del mundo civilizado.

Este gran éxito de Valentino fué debido en gran parte a las mujeres. Para el sexo contrario, débil y sensitivo, encarnaba este actor formidable el tipo de pasional perfecto. El éxito a que nos referimos, no solamente lo obtuvo Rodolfo Valentino con las colegialas románticas y soñadoras: Pola Negri, la hermosísima «vedette» del arte mudo, estaba también locamente enamorada, y pregonaba su amor por todos los procedimientos; incluso había anunciado sus próximas bodas con el favorito de las damas, que sobre este punto había guardado el silencio más profundo.

Cayó enfermo repentinamente la no-

che del sábado al domingo del 15 de agosto último, y fué operado inmediatamente. Fácil le hubiera sido salir de la enfermedad, si un ataque pleurítico no hubiese complicado su peligroso estado. Al finalizar la semana, cuando comenzaba a reponerse de la operación, fué asaltado por la pleuresía que le arrastró al sepulcro. Murió el lunes 23 de agosto a las doce y cuarto de su mañana.

Durante los diez días que pasó en el «Polyclinic Hospital», las puertas estaban asediadas por cientos de mujeres que obligaron a la policía a establecer un cordón de protección en torno al hospital. Jamás la muerte de un artista ha provocado una emoción tan honda e intensa entre el gran público mundial. Una muchedumbre inmensa acompañaba el carro fúnebre, que desfilaba entre dos filas de curiosos verdaderamente emocionados. La absolución la dieron en la iglesia católica de Saint-Malachy que, a pesar de sus inmensas naves, no pudo contener más que a la mínima parte de los admiradores que querían rendir el último tributo al desgraciado artista.

Detrás del féretro, y medio oculta por un grupo de mujeres, se encontraba Mme. Jean Acker, la primera mujer de Rodolfo, vestida de blanco, y un poco a la izquierda, de luto riguroso, Pola Negri, llegada de Hollywood en tren especial. Pola lloraba desconsoladamente la pérdida del que consideraba como a su futuro esposo.

Valentino deja un gran nombre, pero si hemos de creer a M. Schenck, director de «Los Artistas Unidos», su fortuna no es considerable.

Cuando Rodolfo Valentino estaba al servicio de los famosos estudios Players-Lasky, cobraba 1.200 dólares por semana: su último contrato con «Los Artistas Unidos», le aseguraba 200.000 dólares por film, más el 25 por 100 de las ganancias. Valentino había ganado mucho, pero tal como le llegó se le fué de sus manos espléndidas y generosas, que nunca supieron retener el oro.

SENDA OSCURA

Voz en la sombra

*Caminante, caminante,
tú que de dolor sufrido
haces, camino adelante,
tu canción, di caminante,
¿hay en la vida un instante
que merezca haber vivido
siquiera por ese instante?*

Voz lejana

*Nuestra vida no es vida sino breves minutos:
aquellos que arrancamos a la estéril tarea
del menudo combate en la diaria pelea
que monótona iguala al hombre con los brutos.*

*Nuestra vida no es vida sino el instante intenso
que sacude la carne como rayo o centella,
que ilumina el espíritu como lumbre de estrella
o lo quema y lo esparce como grano de incienso.*

FRANCISCO A. DE ICAZA

Escenas de "El grumete del velero" y de "El diablo santificado"
por Rodolfo Valentino



En "El grumete del velero", se nos muestra Valentino como un joven y vigoroso lobo de mar, de apasionado y dulce temperamento y de corazón indómito y bravo.

*Tres momentos de Valentino en
"Eugenia Grandet"*



En avión se va a buscar un específico para salvar al príncipe de la pantalla

No nos atrevemos a detallar las frases dolorosas de la agonía de Rodolfo Valentino; pero sí enumeraremos las causas que arrebataron la vida, en plena juventud, al favorito de las damas: apendicitis ulcerosa, pleuresía infecciosa y endocarditis séptica. Tres órganos esenciales atacados. La muerte no podía perdonarle. La muerte no perdona jamás, y mucho menos cuando se trata de un príncipe de la juventud y del encanto amoroso.

Los últimos momentos que vivió Valentino, estuvieron rodeados de peripecias que les imprimieron el carácter y la amplitud de un drama patético, que merece ser relatado por su grandiosidad y emoción.

Finalmente, y tras inútiles esfuerzos, los médicos que asistían al celeberrimo actor, quisieron ensayar, como último remedio, un específico de mundial renombre, y el cual no se puede adquirir más

que en el Instituto Medical de Detroit, donde un gran químico lo prepara.

Desde este instante, la T. S. H. interviene, un auto transporta el remedio milagroso a toda velocidad hasta el aeródromo de Detroit, en el que un avión espera para lanzarse a los aires con el específico salvador.

El piloto hace prodigios de rapidez. Delante del hospital, millares de personas demandan noticias acerca del estado del actor moribundo. Las noticias más contradictorias y las más pesimistas, corren de boca en boca; maravillosa comunión de todos los corazones en un unánime sentimiento de angustia.

La hora fatal había llegado, y la fatalidad interviene dando suelta a lo imprevisible, que la había de hacer dueña de una vida más. Una niebla inmensa se extiende sobre toda la costa Este, y el piloto del avión, portador de la vida, se desorienta

y aterriza en los alrededores de Nueva York, casi logrado su objetivo... Pero todo es inútil ya. En este segundo único, Valentino exhala su último suspiro.

Hasta la muchedumbre que con recogimiento esperaba la nueva fatal, llega la noticia de la muerte del artista, noticia que se extiende como un reguero de pólvora por toda Nueva York, provocando en toda la ciudad una emoción indescriptible.

Aquella muchedumbre hasta entonces silenciosa y quieta, se pone en movimiento y se dirige emocionada hacia la cámara mortuoria. Todos querían contemplar por última vez los restos del artista admirado. En el umbral de la capilla ardiente, varias mujeres se desmayan. Y entretanto, a la casa mortuoria, van llegando enormes coronas de flores naturales, que mil admiradoras desoladas envían al artista idolatrado...

Las exequias de Valentino

Los funerales de Valentino tuvieron lugar el 6 de septiembre, y fué tal el cúmulo de circunstancias que les prestaron magnificencia, que en la solemnidad desusada del doloroso momento podíase creer el espectador transportado a los funerales de un rey. A las once de la mañana de este día, el cuerpo de Valentino fué colocado en un ataúd de plata, bronce y maderas preciosas y transportado a la iglesia de Saint Malachy, donde se celebró una solemne misa de *Requiem*.

Las grandes personalidades del cine y de la prensa, con los íntimos amigos de Rudy, asistieron al entierro: las cintas eran llevadas por Joseph Schenck, Adolphe Zukor, Marcus Loew, Richard Rowland y Douglas Fairbanks.

Entre las artistas que presenciaron la ceremonia se cuentan: Mary Pickford, Gloria Swanson, las hermanas Talmadge, Pola Negri, Jean Acker, primera mujer de Valentino, e infinidad de estrellas de primera magnitud.

El cortejo atravesó una muchedumbre de cerca de 100.000 personas, las cuales eran contenidas por 400 agentes de la policía.

El cuerpo del desgraciado actor fué enviado a Hollywood, donde reposará en el cementerio de Sunset, en el que se ha de elevar un monumento a su memoria, para el cual ya se ha comenzado a recoger fondos.

Como muestra de respeto, los salones en los que se pasaba «El hijo del Caído» suspendieron durante un minuto la representación. Estos mismos cinemas han hecho constar que la venta de localidades ha aumentado en estos días un 80 por 100, recrudecimiento que atribuyen al interés provocado por la muerte del célebre Rudy.

El testamento de Rudy.—Nada para Jean Acker, y un dólar para Natacha Rambova

Al anuncio de la lectura del testamento de Rodolfo Valentino, mister Milton Coben, como abogado de María y Alberto Guglielmi, hermanos del actor fallecido, protestó en seguida ante Mr. George Ullman, administrador general de Valentino y ejecutor único del testamento de éste.

Se calcula en un millón de dólares la fortuna que deja el gran artista desaparecido para siempre, que ha pasado, por partes iguales, a manos de sus hermanos María y Alberto y la señora Teresa Werner, tía de Natacha Rambova, su segunda esposa. A ésta le dejó un dólar y nada a Jean Acker, su primera mujer.

Las compañías aseguradoras americanas se han visto obligadas a pagar dólares 450.000, suma total de las diferentes pólizas de vida en que Rudy tenía asegurada su existencia.

Miles de personas telegrafían preguntando por el estado de Valentino

Los telegramas dirigidos al Hospital Policlínico preguntando por el estado de Valentino, durante su breve enfermedad, ascienden a unos millares.

Por teléfono también pedían informes del curso de su enfermedad.

Los periódicos de Nueva York, en la última hora, publicaban los partes facultativos facilitados por los médicos que lo asistían.

Algunos diarios llegaron a publicar hojas extraordinarias, que el público arrebatava de las manos de los vendedores, agotando las ediciones en un momento.

Más que don Juan

Peggy Scott, la conocida artista inglesa, de veintiséis años de edad, al conocer la muerte de Rodolfo Valentino, se suicidó ingiriendo una fuerte dosis de veneno.

Por el legendario don Juan, ninguna mujer hizo lo mismo.

En el cementerio de Hollywood se erigirá un monumento a la memoria de Valentino

Los restos mortales de Valentino fueron depositados en el cementerio de actores de Hollywood, cumpliendo así las instrucciones de Sig. Alberto Guglielmi, hermano del difunto.

En este cementerio se erigirá un monumento a la memoria del infortunado actor, monumento que será costado por los artistas más célebres del séptimo arte.

Según María Banda, Valentino no pensaba casarse con Pola Negri

Según María Banda, la actriz de los «Folies» que acompañaba a Rodolfo Valentino la noche que éste se sintió repentinamente enfermo, ha dicho que Valentino no había pensado jamás en casarse con Pola Negri.

Pero a pesar de lo que afirma María Banda, por celos, seguramente, Rudy pensaba casarse con la actriz polaca, pues así lo afirman los amigos dilectos del gran actor fallecido.

Lea V. Popular Film

Popular Film

Recordando a Valentino

¿Cuál es el agente de publicidad americano que persigue a Rodolfo Valentino hasta más allá de la tumba?

No seremos nosotros los que avalemos los detalles macabros que da ese agente, a propósito de las exequias de Valentino y todos los codicilos de su testamento, cuya autenticidad ha garantizado al público.

Todos estos detalles, ridículos y odiosos, tienen que ver muy poco con el artista, que en su vida íntima era la simplicidad misma. Naturalmente, que Valentino se adaptaba a las costumbres americanas y sabía que el renombre se consigue a golpes de bombo; pero en su vida particular era un mozo lleno de cordura.

Yo conocía bien a Valentino. No pasaba nunca por París sin que me diera la ocasión de hallarle, y cada vez me parecía más apasionado por su arte, más deseoso de penetrar sus secretos, sin que influyera en esto el afán de publicidad.

Valentino resultaba menos atractivo en la calle que visto en la pantalla, que le favorecía mucho. Pude comprobar esto desde nuestra primera charla en el hall de un hotel de los Campos Elíseos, donde lo encontré.

Valentino estaba entusiasmado con una novela mía inspirada en la revolución rusa, hasta el punto de que me mostró su deseo de interpretar el papel de uno de los personajes de la novela: el del gran duque Niky, suprema esperanza de los refugiados zaristas.

Hablamos de este proyecto en medio de la gente que paseaba por el hall y, sin embargo, nadie se volvió para mirar a Valentino. No obstante, era un buen mozo, varonil y ágil; pero necesitaba, para sobresalir de los demás, el brillo de la lámpara maravillosa. Entonces, sí, tenía un encanto irresistible.

Rodolfo Valentino era un producto muy curioso de la emigración. Amaba a los Estados Unidos por la facilidad que

había encontrado allí para trabajar, por la buena aceptación que había obtenido, por los éxitos y los dólares que había ganado; pero, a pesar de todo, seguía siendo esencialmente latino y hasta diré que psicológicamente comedido, enamorado de las bellas líneas, de la forma. Gustaba de la armonía de un razonamiento justo como de un cuerpo perfecto, impecable. Conocía el sentido y el culto de la belleza. Y lo probó al interpretar «Monsieur Beaucaire», cuyo escenario se debe al más sutil de los *amateurs* de París y del *esprit* francés, al americano Forrest Halsey.

Este exquisito Don Juan, tan solicitado por las mujeres más atractivas del mundo; este seductor internacional que iba en pos de la felicidad, se sustraía a todas las pasiones para recuperar su puesto, casi cada año, en el humilde rincón familiar.

Valentino amaba a sus amigos, y yo recuerdo con qué delicadeza evocaba durante el curso de un almuerzo la muerte de Max Linder. El drama que se cernía sobre el fallecimiento del artista francés, le impresionó fuertemente. Como si la muerte, con su eterno misterio, le atrajera, quiso conocer todos los detalles de aquel drama.

Rodolfo habló a su vez de la desaparición de Wallace Reid, y citó a otros artistas arrebatados muy jóvenes por la Parca y cuando su talento estaba en plena madurez. No olvidaré jamás la insistencia, el deseo de Valentino de sentirse dominado por este tema, entre amigos entregados como él mismo a tan honda meditación.

Cuando terminó de hablar se hizo un grave silencio en torno suyo, y él se fijó en nuestras miradas lúcidas y tranquilas. ¿Tuvo entonces algún secreto presentimiento? ¿Veía proyectarse sobre su cabeza la sombra de una enorme ala negra? ¿Quién sabe! ¿Quién sabe!...

(De «Cinè-Miroir».) JEAN VIGNAN

colocando junto a la cabecera del lecho en que expiró, un cirio encendido.

De figurante a estrella

Desde el modestísimo puesto de figurante, con un semanal de cincuenta pesos, Rodolfo Valentino supo elevarse rápidamente a la categoría de estrella.

Ningún actor de la escena muda ni de la escena hablada conquistó a la fama en tan poco tiempo, ni llegó en su gloria más alto que él llegara, ni con paso más firme que el suyo.

Nadie tampoco, como Valentino, supo hacerse amar por sus compañeros de trabajo, pues a su carácter apasionado unía, en grado sumo, el atractivo de la simpatía.

Fué generoso, noble y leal con sus camaradas. De ahí que éstos hayan sentido tan vivamente su muerte, y de ahí también que deje tras él tantos corazones acongojados por la pena.

El nido de amor

Valentino había adquirido una casita en la cumbre de las colinas de Beverli, en la que pensaba hacer su nido de amor una vez casado con Pola Negri.

La muerte ha frustrado este idilio entre los dos grandes artistas de la pantalla.

Valentino quiso luchar por su patria

Al entrar Italia en la contienda europea, Rodolfo Valentino se presentó en la Embajada italiana de Nueva York para poner su vida al servicio de su patria.

Después de ser reconocido por los médicos, el Embajador le dijo que no se podía aceptar su patriótico ofrecimiento a causa de la extremada debilidad de su ojo derecho.

A pesar de esto, Valentino se presentó dos veces más en las oficinas de reclutamiento, donde volvieron a repetirle lo que le habían dicho en la Embajada de Italia.

El gran actor tuvo que resignarse a no figurar en la guerra europea como uno de los soldados de Italia.

El cadáver de Valentino se depositó en la funeraria de Campbells

El cadáver de Valentino fué depositado en el salón dorado de la funeraria Campbells, al igual que los restos mortales de otros célebres artistas del arte silente y del teatro, como Oscar Hammersstein, Nat Goodwyn y Martha Mansfield.

Antes de depositar el cadáver en el féretro fué embalsamado con el mismo líquido con que se embalsamó el de Lenín.

La prensa de Roma y la muerte de Valentino

Los periódicos de Roma han dedicado sus editoriales a comentar la muerte de Rodolfo Valentino. Todos estos periódicos elogian la brillante carrera del gran actor, coincidiendo en que era una de las figuras más eminentes del arte mudo.

«Il Messagero» dice que pocos artistas de la pantalla han alcanzado una gloria tan merecida como la de Valentino.

Pola Negri sufre un ataque de histerismo al conocer la muerte de su prometido

Al saber Pola Negri por su doncella que Valentino había muerto, sufrió un ataque de histerismo.

Un especialista de enfermedades nerviosas acudió inmediatamente al hotel «Ambassador», que es donde se hospedaba la gran actriz polaca, para asistir a ésta.

Todos los artistas que estaban en los estudios de Famous Players y Lasky Corporation, acudieron junto a Pola para darle el pésame por el inesperado fallecimiento de su prometido.

Pola estuvo más de dos horas en un estado de inconsciencia casi absoluta.

La actriz, después de pasado el ataque, que tuvo caracteres gravísimos, quedó en un estado de aplanamiento físico y moral, que inspiraba verdadera lástima.

Sus compañeros, así como muchas «ve-

dettes» de la United Artists que acudieron también al hotel «Ambassador», se esforzaban inútilmente en calmarla.

Verdaderamente, la muerte de Valentino fué un golpe terrible para ella.

Valentino murió como un católico

Cuando los médicos dijeron a los que rodeaban el lecho del enfermo que ya no había salvación para él y que su vida se escapaba por segundos, avisaron al padre Edwar Leonard, de la Iglesia católica más próxima al Hospital Policlínico, el cual suministró a Valentino los santos óleos, según el rito católico.

Antes había acercado un crucifijo a los labios del agonizante, que murió así con arreglo a la religión católica que había profesado toda su vida.

El acto, solemnísimo, fué presenciado por los cuatro médicos que asistieron al actor y los amigos dilectos de éste, George Ullman, Joseph Schenck y el padre Congodo, que cerró los ojos de Valentino,

Valentino en "El Aguila Negra", en "El hijo del caíd"
y en "Monsieur Beaucaire"



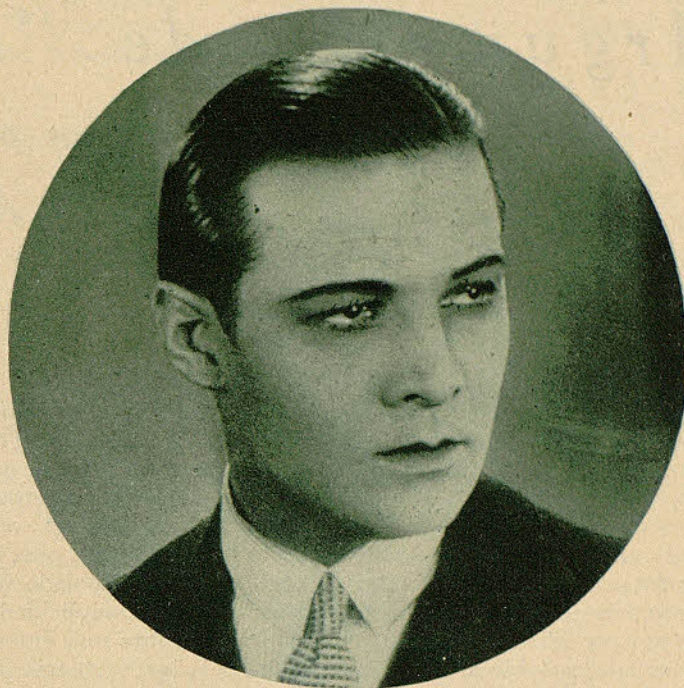
que su arte parece haberse depurado logrando el máximo de grandeza. Terminada de realizar la película "El hijo del Caíd", Rudy se sintió enfermo y poco después moría.

He aquí dos de las últimas películas de Valentino: "El Aguila Negra" y "El hijo del Caíd", realizadas para los Artistas Unidos y en la

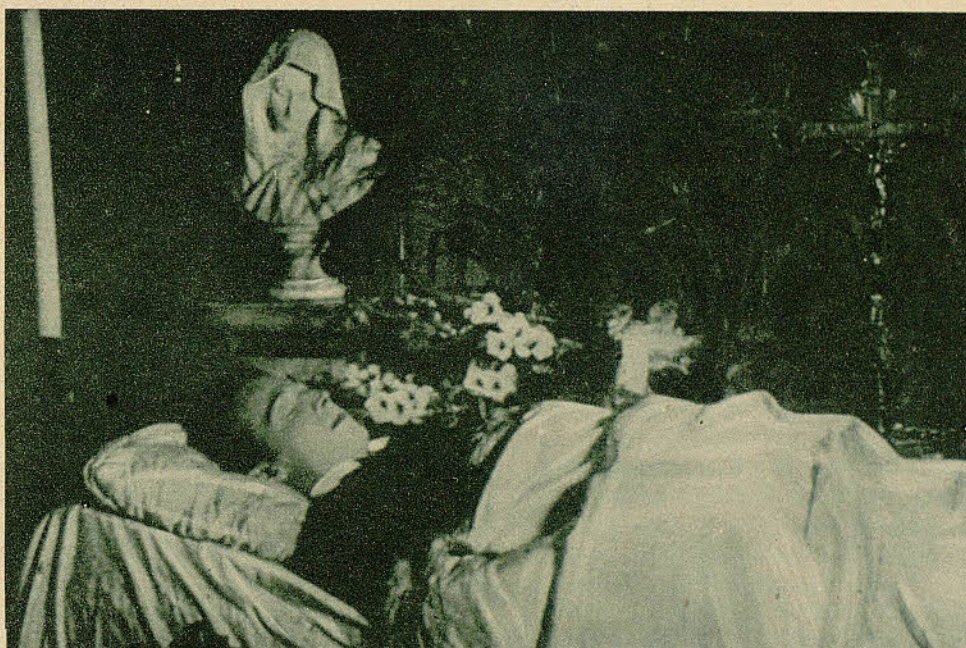


Rudolph Valentino
as
"Monsieur Beaucaire"

El último amor de Rodolfo Valentino



Pola Negri, la gran actriz polaca, ha sido el último amor de Valentino, en el que el artista genial iba a buscar el remanso de paz que no halló en sus dos matrimonios.



Los restos de Valentino en la capilla ardiente.

Momento de entrar, en la iglesia el féretro que guardaba los restos mortales del glorioso artista.

Argumento de "El Aguila Negra"

una de las últimas producciones de Valentino

para los Artistas Unidos

Cuando Catalina II de Rusia para pasar revista a sus tropas va a montar en su caballo favorito, una salva de mosquetería espanta al animal, que emprende veloz huída. Vladimiro Dubrovsky, teniente de los cosacos de la Guardia Imperial, viendo al desbocado corcel, sale a su encuentro, lo monta y logra dominar sus salvajes ímpetus. Mas de repente ve cómo por idéntico motivo, el tiro de un carruaje, rebelde al freno, se ha lanzado en alocada carrera, contra la que es impotente la mano que sostiene el rendaje. Y persiguiendo al tronco indómito, consigue detenerlo, conjurando un peligro casi seguro para las ocupantes del coche, la encantadora Mascha Troekouroff y su tía Aurelia.

Las frases de gratitud de las salvadas, la belleza deslumbradora de la joven, las circunstancias que la acercaban al teniente Dubrovsky, dando un matiz de aventura romántica al momento, mantenían al salvador junto al estribo del coche, prolongando la escena de cortesía y de admiración más allá de lo que permitía la paciencia de la Emperatriz, que había presenciado el arrojamiento del cosaco, y le aguardaba expectante. Fué necesario que por medio del capitán Kuschka, la Zarina reclamase la presencia de Vladimiro, quien ignoraba que fuese la cabalgadura real aquella a cuyos lomos había corrido para auxiliar a las desconocidas viajeras.

Conducido ante la Zarina, Dubrovsky tembló al oírle ordenar al capitán Kuschka que aquella tarde le llevase a palacio. La terrible visión de las torturas entre los hielos siberianos, le hizo temer por su vida, a la que tenía el apego de la juventud ansiosa de porvenires placenteros. Pero sus pesimismo no tuvieron confirmación. Lejos de ello, Catalina recibióle amable, le cedió, como recompensa de su valor de jinete, el hermoso bruto en que horas antes realizara su caballerosa proeza, le ofreció ascenderlo a general, si tal era su deseo, y hasta pretendió ligarlo a su voluntad soberana, invitándole a libaciones alcohólicas que enmohecieran los resortes del albedrío del cosaco.

Pero no. El amoroso interés de la Zarina no tuvo correspondencia por parte de Dubrovsky, el cual, habituado a posponer a su querer libérrimo y omnipotente, sobre todo en asuntos del corazón, las conveniencias que podrán obligar a los hombres «prácticos», mas no a los sinceros, huyó de palacio, aun sabiendo que tal actitud con la gobernante, que tenía en sus manos la vida de sus súbditos, la

equipararía, en el orden de la sanción, al desertor en el campo de batalla.

A su llegada al cuartel, Vladimiro halló una carta en la que su anciano padre le pedía que impetrase el favor de la Zarina contra un su vecino, llamado Kyrilla Troekouroff que, mintiéndole amistad, le había despojado de sus tierras y castillos, con la complicidad de un juez sobornable, durante una enfermedad en la que tuvo la inadvertencia de confiarle la dirección de sus negocios.

Cuando el teniente Dubrovsky se disponía a volver a palacio, en solicitud de la regia ayuda implorada por la carta paterna, leyó un edicto que ofrecía recompensa pecuniaria por su captura, vivo o muerto. Más avaro que nunca de su existencia, por cuanto la necesitaba la desgracia de su padre amado, corrió hacia el castillo donde transcurrieran, en la holgura de la riqueza, los días de su niñez, y supo que Kyrilla había tomado posesión de la magnífica hacienda, quedando por albergue al anciano Dubrovsky el que le había cedido, en mísera cabaña, la piedad de unos aldeanos.

Como si sólo esperara despedirse del hijo para abandonar su triste existencia, la pobre víctima del innoble fraude de Kyrilla yacía, agonizante, en el humilde lecho, donde expiró bajo el llanto filial cuando el sol moría también entre las púrpuras de ocaso.

Después de arrancar a los campesinos, que sentían la opresión despótica de Kyrilla, la promesa de que les tendría a su lado, Vladimiro Dubrovsky juró vengar a su padre y librarles del yugo del tirano... Y, poco después, eran tema de las conversaciones en toda la comarca las hazañas de «El Aguila Negra», el bandido enmascarado que, con sus incursiones de sorprendente audacia, ejercía una simpática justicia niveladora, resucitando a los bandoleros legendarios que robaban a los potentados para socorrer a los menesterosos. Y «El Aguila Negra» convirtióse en terror de la vida del cruel Kyrilla, en trágico insomnio de sus noches, enviándole por escrito, ya con el nombre adoptado para la aventura, ya con el de Dubrovsky, amenazas terribles que no le dejaban una hora de paz.

Paseando Mascha Troekouroff y su tía Aurelia, fueron sorprendidas y apresadas por los hombres de «El Aguila Negra». Vladimiro reconoció en la joven a la gentil rubia cuya vida salvara refrenando a los caballos de su carruaje, y, aunque supo por sus aprehensores que

era la hija de Kyrilla, le devolvió la libertad. ¡Sus rencores no se saciaban cobardemente en mujeres indefensas! En cambio Mascha no pudo recordar a su salvador en «El Aguila Negra», a causa del antifaz que ocultaba la identidad del cortés bandolero.

Ansiaba Dubrovsky introducirse en el castillo de Kyrilla (de difícil acceso por la numerosa guardia de cosacos cedida para su custodia por el gobernador, cuando el azar le brindó la realización de su vehemente deseo. En una venta perteneciente a uno de sus adictos, pidió Vladimiro un coche y caballos; pero el único que había tenía ya contratado un Marcelo Le Blanc, que iba al castillo de Kyrilla como profesor de francés de Mascha. Quiso Dubrovsky imponer, acometivo, dominador, un derecho que no tenía. Suplicó Le Blanc, mostrando sus papeles y el primero, en ficción de galante generosidad, ofrecióse a llevar en el coche al profesor hasta la misma puerta del castillo de Kyrilla. Cuando el carruaje se detuvo, descendió Dubrovsky, con los documentos de presentación de Le Blanc, y fué admitido con este nombre y como tal profesor, en tanto que el auténtico volvía en el coche, maniatado, amordazado y sin documentación, al punto de partida.

Desde entonces, los escritos amenazantes de «El Aguila Negra», que tanto aterraban a Kyrilla, menudearon; pero nadie sospechó de Le Blanc, el profesor excelente bajo cuya dirección hacía Mascha visibles progresos en el idioma galo, a la vez que él progresaba en el corazón de la dulce discípula.

Una noche, después de la cena, Dubrovsky, con su traje y su antifaz de bandido penetró en el dormitorio de Kyrilla. El viejo, estremecido de pavor, cayó, en súplica de piedad, a los pies del enmascarado que, rugiendo conminaciones horribles, enfilaba el cañón de un arma de fuego hacia el pecho del expoliador de su padre. La voz clamante del amenazado hizo acudir a Mascha, cuya decisión de matar obligó al bandido a arrojar su arma y huir. Hija y padre vieron con estupefacción que la pistola del fugitivo no estaba cargada, con lo que Mascha comenzó a comprender ciertas actitudes nebulosas y a entrever la doble personalidad de Marcelo Le Blanc. Poco después, entre la servidumbre consternada, aparecía el profesor y se prestaba a velar toda la noche al lado de Kyrilla.

La creencia de que Le Blanc y «El

Aguila Negra» eran una misma persona, despertó en Mascha un odio profundo contra Vladimiro; así, al menos, lo creía ella, ignorando que a veces el odio es el disfraz con que el amor arraiga en las almas, hasta que la captura por los guardias de Kyrilla del lugarteniente de Dubrovsky concretó la delineación de los sentimientos. Llevado el preso ante el déspota, éste ordenó que le azotaran para obligarle a descubrir el nombre de su jefe; pero de los labios de la víctima sólo salieron lamentos de dolor.

Conmovido por los ayes del torturado, el profesor de francés, desde la ventana del cuarto de Mascha, gritó a Kyrilla: «¡Cesad, verdugos! ¡Yo soy «El Aguila Negra!» Y fué entonces, sintiendo el tropel de soldados que subía a cazar a Dubrovsky, cuando Mascha supo que le

amaba; tanto, que como él contestara a las exhortaciones de fuga que, ahogada en sollozos, le hacía la suplicante voz femenina, con su propósito de no salir solo del castillo, ella no vaciló un momento... Y el propio caballo de Vladimiro transportó el dulce peso de la doncella enamorada.

No tardó la pareja en hallarse entre dos secciones de cosacos que galopaban en opuestos sentidos: la de Kyrilla que los perseguía y la de la Guardia Imperial que buscaba a Dubrovsky, condenado a muerte por la Zarina.

Encarcelado mientras llegaba la hora fatal, Vladimiro Dubrovsky hizo una súplica a la que accedió la merced de la Soberana: la de que se le permitiera casarse con Mascha antes de morir. Y el enlace se celebró en la misma celda del

reco. Kuschka, ahora general y favorito de la Zarina, entró a comunicar a éste que la ejecución tendría lugar a las seis de aquella mañana; pero al propio tiempo obtuvo la imperial firma para un pasaporte a nombre de Marcelo Le Blanc.

De este modo se satisfacía la ley que mandaba y el corazón que se arrepentía del fallo. Porque si una descarga ponía fin oficialmente a la vida de Vladimiro Dubrovsky, un pasaporte reconocía la existencia de este Marcelo Le Blanc que, con su esposa Mascha Troekouroff, subía a un coche a la puerta del palacio. Desde sus balcones le veía Catalina... y contestaba con la más dulce de sus sonrisas al saludo militar con que él se despedía de la Soberana indulgente, para partir hacia el amor.

Argumento de "Cobra"

la última producción de Valentino para la Paramount

El conde Rodrigo Torriani, interpretado por Rodolfo Valentino, es un joven aristócrata italiano que heredó de sus ilustres antepasados un vetusto palacio lleno de deudas y una pasión arrebatadora por el bello sexo. En una ocasión, el padre de una de tantas doncellas a quienes el de Torriani «juró amor eterno», se dirige en busca de éste para exigirle dinero, o a falta de éste (que era lo más probable), una reparación por las armas. Pero la loca casualidad hace que el ofendido padre en vez de enfrentarse con el conde, tropiece con un joven turista americano llamado Jack Doring, a quien el de Torriani tiene que servir de intérprete para salir del mal paso. Éste oportuno e impremeditado encuentro, da origen a una amistad tan sincera y desinteresada entre los dos jóvenes, sin duda por la diferencia de caracteres, que culmina en un ofrecimiento formal de parte del americano, que el italiano acepta inmediatamente. Jack Doring, propietario del establecimiento de antigüedades y objetos de arte italiano más famoso de la Quinta Avenida, ofrece a su amigo el bien remunerado empleo de perito en antigüedades italianas de su establecimiento.

En Nueva York, como en Nápoles, como en el fin del mundo que fuera, al joven aristócrata italiano le es imposible, a pesar de sus deseos, sustraerse a la tentación del bello sexo, y muy particularmente de una sirena fascinadora llamada Elisa Van Zile (Nita Naldi), a quien el joven conoce una noche en uno de los clubs más elegantes de la metrópoli yanqui.

Rodrigo Torriani ama sinceramente, como jamás había amado, a María Drake, la bella secretaria de su amigo Jack Doring, hacia quien se siente atraído, no tanto por su belleza física, a pesar de ser cautivante, como por sus encantos morales, que la hacen doblemente atractiva.

Viéndose desdeñada, Elisa esgrime las armas de la calumnia para alejar a María, de Torriani, pintándole como un despreciable burlador de mujeres.

Conseguido su objeto, la pérdida y fascinadora Elisa dirige sus envenenados dardos hacia el corazón del incauto Jack Doring, a quien logra en un instante cautivar.

Una noche, al cabo de un año de haberse celebrado el enlace de Elisa y Doring, aprovechando la ausencia de éste de la ciudad, la desleal esposa, deseosa de vengarse de aquel que un día la desdén, invita a Torriani a un hotel, refugio y asilo de amores impuros. Torriani acude a la cita, mas su dignidad y su honor le repelen de los brazos que perfidamente le tiende la infame seductora.

Aquella misma noche arde el hotel hasta los cimientos, y entre los carbonizados restos de las víctimas, se encuentran los de la seductora Elisa, los cuales son transportados a la morgue, en donde tampoco pueden ser identificados.

Pasan unos días de cruel impaciencia para Doring y de irresistible tormento para Torriani. Acosado por el remordimiento, éste se despide de su amigo, a quien el dolor por la pérdida de su esposa lleva al borde de la locura, y se dirige a Italia en donde espera olvidar.

Al cabo de un año, Rodrigo Torriani regresa a Nueva York y se admira de encontrar a su amigo completamente restablecido y resignado con la suerte de Elisa, cuyo trágico fin había conseguido averiguar pocos meses después de su muerte.

Una carta de Rodrigo a Elisa, que Doring encuentra un día entre los papeles de su esposa, prueba de una manera inequívoca la leal amistad del noble italiano. Poco tarda éste en darse cuenta de que su amigo Doring está perdidamente enamorado de su linda secretaria, y convencido de que ha llegado tarde, Torriani abandona el campo a su amigo y parte nuevamente para su vetusto palacio de Nápoles, después de sacrificar su felicidad en aras de la verdadera amistad.

Una poesía sobre Valentino

La bellísima artista polaca Lucy Chernovitz, residente en París, nos ha enviado, por conducto de nuestro corresponsal en la capital francesa, Jean Desjardins, una poesía dedicada a Rodolfo Valentino, que nosotros hemos traducido fielmente para los lectores de POPULAR FILM.

Rodolfo Valentino

¡Ha muerto Valentino!...
¡La luz que su destino
Encendiera en su vida, se apagó!...
Hasta la fría muerte,
La eternamente fuerte,
De Rudy se prendió.

Él, que amó tanto, y tanto fué adorado,
Resbaló en la laguna del silencio absoluto...
— ¡Eterno enamorado
Del cisne blanco-nieve, de plumón impoluto!
¿Acaso la desgracia que flageló tu alma
Te obligó a desear
De la muerte, la calma?
¿No lloraste al marchar?...

Tú representabas, mi amado,
Todo lo divino que en la Tierra existe.
¡Que triste he quedado
Recordando el beso que un día me diste!...

Yo hubiese querido bordar tu mortaja;
Ser tu último sueño espiritual;
Flor en tu corona; adorno en tu caja
o cirio en la noche de tu funeral.
Rendiste mi alma, poniendo un anhelo
De amor en mi vida sin fe...
Fuiste aquella tarde mi único consuelo...
Quisiste que fuera... ¡Lo quisiste... y fué!
¡Hoy, cuando he sabido tu muerte, he llorado
Como Magdalena llorara por Cristo
Y he sentido el frío dolor, que ha clavado
su garra en mi alma, por no haberle visto!
¿Oración? Ninguna... ninguna.
¡¡Alma! ¿Para qué?
Te prometí, que bajo la luna
Un día, enlutada, te recordaré.

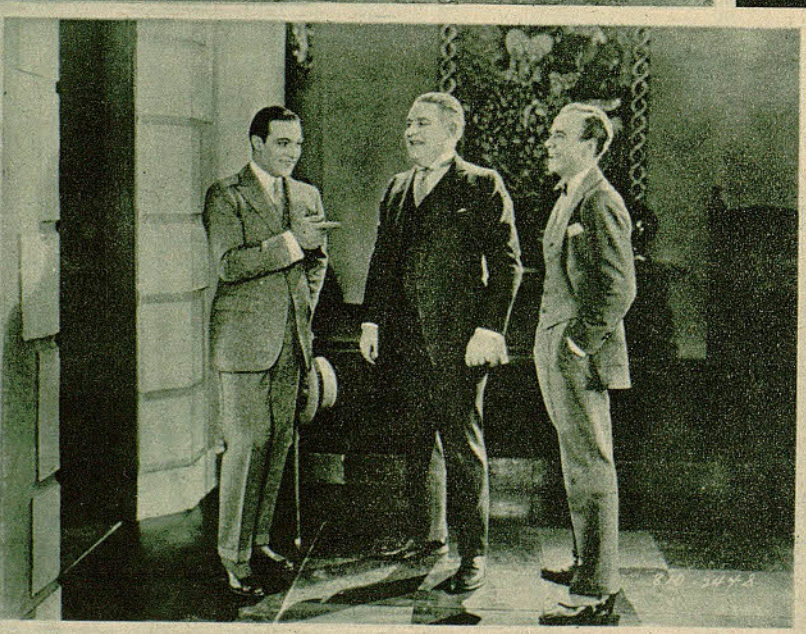
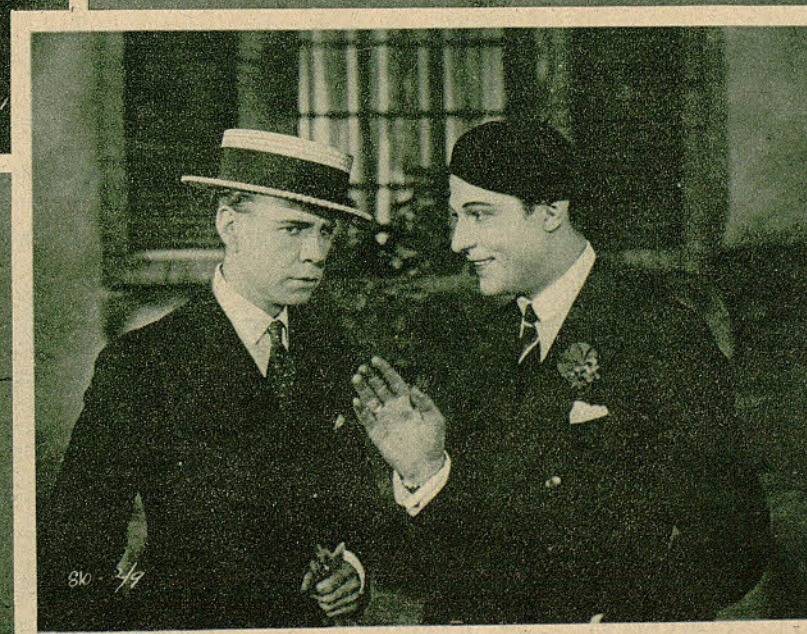
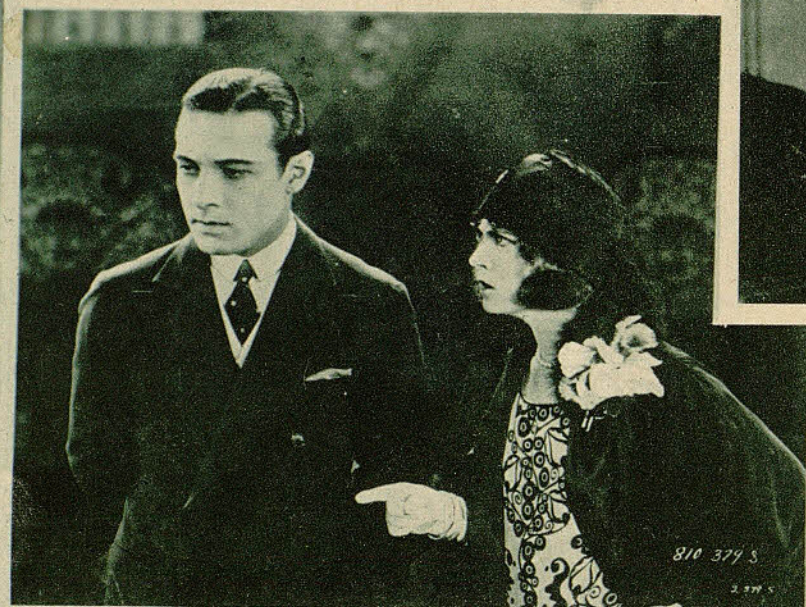
LUCY CHERNOVITZ

París, 12-9-26

RODOLFO VALENTINO en la película Paramount, "Cobra"

Cuando en la actual temporada se proyecte en los cines españoles esta gran creación del primer galán joven

latino, muchas lindas muchachas suspirarán por no haber vivido con Valentino esas horas de amor.



En otro lugar de este número vamos el argumento de "Cobra", última película de Valentino, realizada para la Paramount, y en la cual vive unas escenas de pasión intensa que nadie podrá superar, ni igualar acaso, en el blanco lienzo.

CRÓNICA DE PARÍS

"Napoleón" y sus intérpretes

Uno de los temas que más seducen a la prensa cinematográfica de Francia —orgullosa de los destinos que florecieron para el pueblo francés bajo el imperio de Bonaparte—, es el que pone sobre el tapete el film «Napoleón», que acaba de terminar Abel Gance, y en el que Albert Dieudonne encarna la figura prodigiosa del genial emperador.

Entre todos los grandes personajes: reyes, emperadores, tribunos, profetas, tiranos, etc., etc., el que ocupa el lugar preeminente es Napoleón Bonaparte. Esta es la causa de que hayan sido muchos los autores que le llevaron a la escena, y muchos los editores cinematográficos que se dejaron seducir por la grandeza de este nombre epopéyico, cuya influencia se hizo sentir a todo el mundo conocido, allá por los primeros años del siglo XIX. Algunos extranjeros, y sobre todo norteamericanos, llevaron al cuadro blanco de la pantalla la figura soberbia de Napoleón que, interpretada por Bert Roach en el «Pequeño Caporal», constituye la mejor producción realizada por los extranjeros hasta la fecha. Pero hace falta ser francés para comprender la figura asombrosa de nuestro emperador e interpretarla con el respeto debido a la memoria del gran hombre. Émile Drain, de la Comedia Francesa, es uno de los grandes actores que han interpretado el personaje con mayor perfección, por lo cual, los directores de escena han recurrido a él la mayor parte de las veces que han realizado obras en las que aparecía Napoleón, el cual ha sido caracterizado por M. Drain en los films «Un drame sous Napoleón», en «L'Aiglonne», en «Madame Sans-Gêne» y en varias obras teatrales. Esto hace que la última vez que interpreta este personaje en «Madame Sans-Gêne» llegue a la perfección al realizar su magnífica labor artística.

Jean Lorette es otro de los intérpretes de Napoleón en «Surcouf» y quizá el menos notable, sobre todo si le comparamos al realizado por Jean-Napoleón Michel, descendiente de los Bonaparte y principal intérprete de «Destinée», puesto en escena por Henry Rousell, el cual hizo debutar en esta obra con asombro de todos los consagrados a este excelente actor y a la linda española Isabelita Ruiz, cuya labor al lado del inteligente Rousell causó sensación en toda Francia.

A pesar de que entre los realizados hasta la fecha hay algunos de factura interesantísima, creemos que ninguno puede compararse con el que interpreta Albert Dieudonne, que en la epopeya de Gance

realiza una verdadera y completa encarnación del personaje.

A propósito de este film decía recientemente Dieudonne:

«He leído durante algunos meses centenares de libros sobre el emperador y sobre su vida, y en la actualidad, después de trece meses de trabajo intensivo, leo todavía y leeré todo el tiempo que me resta y en todas partes: en el restaurant, en mi casa, en el Metro, etc., desde los estudios críticos de su estrategia genial, hasta los estudios sobre su carácter, su constitución física y mental, pasando por los relatos de sus numerosos amores, la crítica de su famoso código, su diplomacia, de su administración y el memorial de Santa Elena y su correspondencia, lo leo todo. Cada lectura me presta un dato nuevo con el que perfeccionar mi papel.»

He aquí un artista que tiene lo que debe tener todo artista: consciencia y dignidad profesional. No nos cabe duda que Albert Dieudonne logrará presentar ante nosotros una imagen de Bonaparte verdadera, bellísima y grandiosa, pues su paciencia y el estudio realizado nos dan la garantía.

JEAN DESJARDINS

POETAS DE HOY

REMEMBRANZAS

Fué en este mismo sitio. ¡Cuánto tiempo pasó!
¡Estabas tan hermosa!
Lo que quise de ti te avergonzó
Y bajaste los ojos ruborosa.
Los pinos seculares, protegían
Con su sombra ancestral, nuestra ventura.
Los cielos en rubíes se encendían,
Y en la grata hermosura
De la tarde serena,
Como hostia de eterna comunión,
En el gran tabernáculo de oriente, alzaba una llena
su sangriento plafón.

Sangre en los cielos y en tus albas vestiduras
De doncella.
Murieron de tus rosas las más puras
Al nacer en los cielos una estrella...
¡Todo pasó! ¡Tu pena y mi alegría!...
Sólo el recuerdo arde,
En la agonía
Sangrienta de la tarde.

El sol vuelve a caer entre los pinos
Y hace triunfar el tono violeta.
El viento de nuestros destinos,
El que jugó en nuestra veleta,
Sigue jugando impasible... ¡Impasible!...
Pero tu alma aun está quieta...
¡La mía continúa caminando, en pos de un im-
posible!

MARTINEZ DE RIBERA

ESTRENOS DE LA SEMANA

"Simone"

«Simone» es una de las piezas más célebres de Eugenio Brieux. En ella nos enfrenta el autor con el terrible caso del hombre que mata a su mujer infiel, y continúa criando a su hija, ignorante del drama, hasta que un día la casualidad la hace dueña de la verdad.

Lucienne Legrand realiza una labor magnífica en el «rôle» que interpreta, y al que da una realidad intensa, demostrándonos que en ella tiene la cinematografía francesa una de sus más bellas e inteligentes «vedettes».

Donatieu encarna con mucha emoción el papel de padre, haciendo una labor magnífica en este film interesantísimo.

Desjardins es en el film un abuelo autoritario y rígido que, a pesar de sus furias y de su rigidez, se deja ganar en seguida el corazón por cualquier afecto.

Mme. Kerwihn anima una afabilísima ama de llaves, y Jean Dehelly se lleva una buena parte del éxito interpretando el papel de galán joven.

ÉXITO RUIDOSO

"París en cinco días"

El éxito de «París en cinco días» continúa afirmándose tanto en Francia como en el extranjero. Últimamente fué estrenada en Marsella, en la inauguración del «Capitole», cuya sala, magnífica, ha sido transformada en cinema. La dirección eligió para su primer espectáculo este film, por el que Nicolás Rimsky ha sentado plaza entre los primeros actores cómicos de la pantalla. La acogida hecha por el público marsellés a las aventuras de Harry Mascaret fué inmejorable, y el éxito de Rimsky asombroso.

Otro tanto sucedió en Amsterdam con el público holandés; tanto, que un editor musical ha aprovechado el éxito para lanzar al mercado un fox-trot cuyo título es, naturalmente, «París en cinco días». Este fox-trot, vendido en las salas de espectáculos y cantado en las plazas públicas, ha contribuido a hacer más ruidoso el triunfo de Rimsky, el cómico del día y el más popular «as» cómico del país de los molinos de viento.

PRESENTACIÓN

"En la cámara de Mabel"

Al Christie ha realizado los alegres episodios de este vaudeville, que bien puede pasar por una de las obritas que se representan en el «Palais-Royal». Nada falta en él para que aparezca como tal vaudeville: *quid pro quo*, situaciones cómicas y embrollos indescifrables, que se complican cada vez más, y que hacen imposible ver la solución de la alegre y divertida trama que sirve de argumento al film.

Está interpretada por una de las artistas francesas de más éxito en la pantalla, Marie Prévost, que encarna el principal papel femenino de la obra: Mabel. Phyllis Haver, Sylvia Breamer y Maud Truax, componen la distribución femenina de esta producción. Harrison Ford es el principal intérprete masculino, que está acompañado en este film por Harry Myers, Paul Micholson y Carl Gerard.

Ha gustado mucho y merecido elogios mil de la crítica cinematográfica y del público que presenció la prueba.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Trimestre, 2'50 pesetas / Semestre, 4'75 pesetas / Año, 9'00 pesetas

Extranjero: 15 pesetas año * Pago por adelantado

Envíese el importe de la suscripción por giro postal o en sellos de correo.

CRÓNICA DE MADRID

De exámenes

Queriendo nuestros cineastas pulsar la opinión del público, decidieron presentar a nuevo examen, antes de entrar en liza y para cerciorarse de que la afición sigue de su parte, varias de sus películas, estrenadas en la pasada temporada. Y para que la prueba fuese dura, pero convincente, lejos de recurrir a las cintas favorablemente sancionadas, acudieron a las más endeble. ¿No estamos en el mes en que los desaprobados en junio vuelven a padecer y a suspirar por el suspirado certificado de suficiencia?

Estos días los Institutos, Universidades y demás Centros de Enseñanza, recuperan su habitual animación, que el verano interrumpió. También los cines retornan a la vida activa. El sopor cede su puesto al bullicio. Mas así como entre el día y la noche hay una transición que se llama crepúsculo, entre la extinción del descanso estival a la apertura del curso y a la inauguración de la temporada media, asimismo un corto período de preparación, que sirve, tanto en uno como en otro caso, para poner a los rezagados en condiciones de continuar avanzando.

Y es, precisamente, esa época preparatoria la que atravesamos.

En el campo de la cinematografía, igual que en el terreno de la Instrucción, las exhibiciones que actualmente se verifican no suelen ser modelos de brillantez, ya que los que pisan las aulas y salas de proyección no son los empollones, las lumbreras, los aplicados, sino todo lo contrario, los vagos, los brutos, los remolones.

Y fieles a la costumbre, los empresarios reprisan cada mamarracho, por aquello de «ver si se acepta, en un momento de buen humor o de chifladura, lo que se rechazó con sobrado motivo y plena conciencia», que si se aguantan es por un exceso de benevolencia.

Demasiado sabían los cineastas españoles que «La medalla del torero», «La hija del corregidor», «Nobleza baturra», «Los chicos de la escuela» y «Ruta gloriosa», recibirían muchos aplausos. En los tribunales de septiembre la indulgencia triunfa sobre el rigor.

Contemplada «La medalla del torero» con ojos de fin de estación, parece una gran obra. ¡Qué honda emoción causa en el espectador la aparatosa cogida del protagonista! ¿Le mataría el toro? ¡Porque mira que le enganchó por un sitio! La incertidumbre dura poco, por fortuna. Y viene la decepción: ¡Bah, la cosa carece de importancia!

¡Y oooléee con ole, chiquilla!

Custodia Romero, la archibonita, morenísima y gitanaza «Venus de bronce», se marca un zapateado que «pá qué». Sólo falta el «insignificante» detalle de oír el ruido de los zapatitos al pisar furiosamente el suelo, el rasguear de las guitarras y el batir de palmas. Los castizos

«palillos» no intervienen en la escenita.

«La medalla del torero», pese a la nota de sobresaliente que acaba de sacar en su último examen, es una floja «españolada». La «estrella» de las varietés, Tina de Jarque, encarna su personaje con una «pose» cargante y opuesta a la simpatía del mismo. José García «El Algabeno» es dueño de una cara antifotogénica. Custodia Romero danza estupendamente y es guapa y artista, pero apenas si entiende de cine. Y Modesto Rivas, José Montenegro, Alfredito Hurtado «Pitusín» y Francisco Cejuela, no desentonan del conjunto, no se salen del círculo de la pandereta. En fin, que ni los nombres del autor el poeta Alcaide de Zafra y del director, señor Buchs, tienen fuerza bastante para elevarla por encima de las más burdas «españoladas». Claro que en este juicio nuestro excluimos por completo el aspecto comercial de «La medalla del torero» que, por las trazas, debe ser de provechosos rendimientos, en especial para los que la llevan en «tournée» por el extranjero.

¿Os explicáis el rasgo de valor que significa matar a un toro en el campo, sin peones, ni banderilleros ni picadores, con un cuchillo de monte por toda arma y en defensa de la vida de una mujer? A fe que es difícil la «faenita» que «El Algabeno» realiza con arrojo imponderable en «La hija del corregidor». Sin embargo, nuestra admiración es, por entero, para Carmen Viance por su primordial participación en la «hazaña» del diestro andaluz y para Elisa Ruiz y Marina Torres por su atinada actuación en los papeles de novia y de madre del bandolero. Al Algabeno le ovacionamos y le concedemos las orejas, el rabo y los cuernos de la bestia. Y a José Buchs le felicitamos por su «pupila» para filmar películas que

dan dinero. ¿Que se mantiene firme la calumniosa leyenda que nos representa como un pueblo bárbaro y exótico? ¿Y qué? ¿Acaso no somos nosotros los que, por razones pecuniarias, la sostenemos? No «se metan» los partidarios de la España civilizada y pujante con «La hija del corregidor», y resígnense ante la realidad, que favorece y propaga, dentro y fuera de casa, la edición de esta clase de producciones.

«Nobleza baturra», en cambio, nos honra, tocante a su argumento — que es una exaltación de las virtudes de Aragón — y a su interpretación, pero no fotográficamente, que resulta en franca rebeldía con los preceptos de la técnica cinética.

Algo semejante puede decirse de «Los chicos de la escuela» (de grato asunto para los paladares no estragados por la mediocridad imperante, aunque de reparto deficiente y tirando a malo) y de «Ruta gloriosa» (bella historia de amor y de heroísmo dedicada a la aviación militar española): que no llegan a la perfección.

Inflexibles nos mostramos con las películas de nuestros compatriotas. Cierro. ¿Y no es mejor para ellos y para España exigirles cuanto su capacidad les permite dar, que adularles con falsos y perniciosos elogios?

SÁBELO TODO

En los cines

Aunque todavía no es general la fiebre de los estrenos, peculiar en toda temporada oficial, las películas buenas pueden a las malas, lo que ya es decir tratándose de una época de dudas, cuchicheos y planes. Por hoy, anotemos que la Empresa del San Miguel, deseosa de servir a la actualidad, presentó «Más fuerte que su amor», excelente creación del malogrado Rodolfo Valentino y de la bellísima Gloria Swanson.

Almacén de vidrios y cristales planos

Fábrica de espejos - Marcos y molduras

V. García Simón

Vía Layetana, núm. 13 - Teléfono 3870 A.

/ / BARCELONA / /

El retablo de maese Pedro

EL DESDÉN POR EL TEATRO

De la novela al drama

La mayoría de los escritores españoles sentían o simulaban sentir un desdén profundo por el teatro, juzgándolo como un género literario inferior.

Cualquier novelista de undécima clase se creía estar por encima del dramaturgo más genial. Pero eso ha sido hasta ahora. El momento presente es de rectificaciones. Los detractores de la literatura dramática, y los que, si no la atacaban, tampoco la defendían, empiezan a reconocer que es un género literario tan noble como la novela y como el ensayo.

Unamuno, Araquistain, Azorín, Mata, Hernández Catá y otros, buscan en el teatro expansión para sus sentimientos y para sus ideas.

Pío Baroja adapta a la escena, en colaboración con un escritor joven, alguna de sus novelas, y escribe para el teatro, directamente, aunque buscando para sus comedias el escenario íntimo, familiar y selecto del *Mirlo Blanco*, acaso porque no se atreve aún a encararse con el verdadero público.

Un poeta de tan clara estirpe lírica como don Ramón del Valle Inclán, cultivó la poesía dramática y dió a la escena algunos de sus poemas. Otros poetas: Eduardo Marquina, Fernando López Martín y Luis Fernández Ardavin, dan preferencia, en su labor, al teatro poético o romántico.

El teatro es de abolengo literario tan ilustre como la novela. Y por ser más sintético y popular, tiene mayor eficacia educativa.

Hay que remachar bien, para que entre en las molleras más duras, que la literatura dramática no es un género inferior a los demás. Lo inferior son ciertos modelos de teatro o, dicho con más propiedad, de pseudo teatro.

Si hubiera que definir la novela tomando como modelo del género las de «El Caballero Audaz», u otro pornógrafo de su jaez, claro que habría que desdeñar este género literario, y no existiría escritor digno que lo cultivara. Que es



Asunción Casals, la gran actriz del Español

precisamente lo que ha ocurrido en España con el teatro: que se ha tomado como modelo de literatura dramática lo más falso, chabacano, vacío de ideas y falto de arte que hay en él.

¿Pero cómo puede ser inferior un género literario que ha removido todas las ideas de nuestro cerebro, que nos ha emocionado intensamente con Shakespeare, Goethe, Ibsen, Strindberg, Andreiev?...

A la mayoría de nuestros escritores de primer orden, les ha dado pánico, hasta ahora, esperar el fallo directo e inmediato del público. El libro, novela o no, se vende con más o menos rapidez y tiene un éxito de crítica, o un fracaso de crítica, más o menos rotundo; pero el drama, la comedia, triunfan o fracasan ante el público en unas horas y sin mediación del crítico.

Este miedo al público, más que otra cosa, es lo que determinó a ciertos escritores a desdeñar el teatro o a simular que lo desdeñaban.

Pero iba resultando ya harto difícil sostener ese concepto de que la literatura dramática es inferior a otros géneros literarios, y los detractores de ayer aspiran hoy a que el público contaste sus ideas y sentimientos directamente, y empiezan a escribir dramas y a olvidarse un poco de que son novelistas.



Zanón, uno de los actores más notables del Español



Pepe Bergés, excelente cómico que dirige con Santpere la compañía del Español



Srta. Plá, estupenda actriz de la compañía Santpere-Bergés



Arteaga, otro buen actor del elenco del teatro Español

MATEO SANTOS

Elogio de dos actores cómicos

He aquí dos grandes actores cómicos de la escuela de aquellos famosísimos comediantes españoles que se llamaron Mesejo, Ontiveros y Carreras: Rafaelito Díaz y Anselmo Fernández.

La gracia de estos dos actores fluye espontánea, porque es gracia natural, no forzada o superpuesta. Su comicidad está en el gesto, en los ademanes, en la voz, en todo su ser, porque es una cualidad, y mejor sería decir una calidad, de sus caracteres. Ven, como el caricaturista, lo grotesco de cada hombre, y lo copian en sus tipos teatrales sin ningún esfuerzo, sin exagerar demasiado el rasgo para que no deje de ser fina e intencionada caricatura, porque entonces caería en la payasada. Y esto es lo verdaderamente difícil: llegar al límite de lo cómico sin pasar ese límite, traspuesto el cual, está el payaso.

Anselmo Fernández y Rafaelito Díaz poseen el sentido de la comicidad como pocos actores cómicos.



Anselmo Fernández



Rafaelito Díaz

La compañía dramática de María Palou

He aquí la lista de la compañía dramática de María Palou que actúa en el teatro Goya.

En el cuadro de artistas figuran, por orden alfabético, las actrices Palmira Guerra, Dolores Larrea, Pilar López, Pura Martínez, Carmen Picó, Consuelo Guerrero de Luna, Irene Guerrero de Luna, Aguría Martín, María Palou y Elisa Sánchez.

Los actores son los que siguen: Angel Béjar, Carlos Delac, Maximino Fernández, José María Lado, Manuel Martín Galeano, Ramiro de la Mata, Eduardo Moreno, Enrique Navarro, Teófilo Palou, Ramón Plaza y Vicente Soler.

Las obras de estreno son: «El hombrecito», comedia en tres actos, original de don Jacinto Benavente; «Rosa de Madrid», comedia en tres actos y en verso de Luis Fernández Ardavín; «Aves de presa», comedia en tres actos (Les Coquerants) de Mere, traducción del francés de Doroteo de Carlos y Juan Potous; «Julianillo Valcárcel o desdichas de la fortuna», drama en cuatro actos y en verso de Manuel y Antonio Machado; «Todo tu amor, o si no es verdad debiera serlo», farsa en tres actos, original de Felipe Sassone; «La duquesita», comedia italiana en tres actos de Alfredo Testoni, traducción de Mario Zucchi Zaprel; «Una vida que espera», comedia en tres actos de Alfredo Vanni, traducida del italiano por F. Sassone; «Fuensanta la del cortijo», drama rural andaluz, en tres actos, original de Enrique Alvear; «Hidalgo Hermanos y Compañía», comedia en tres actos y un epílogo, original de Felipe Sassone; «El rodeo», drama en tres actos, original de Luis Araquistain.

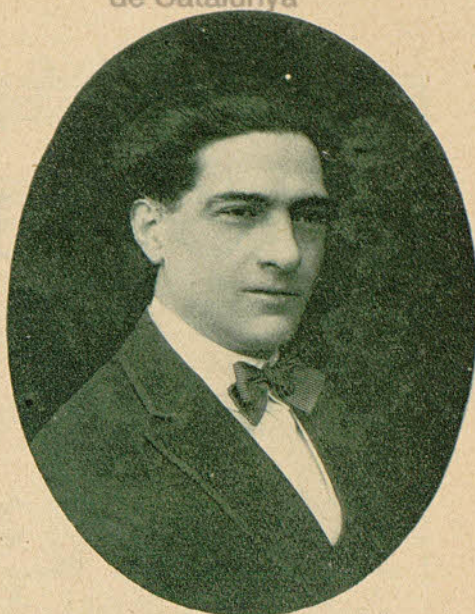


La señorita Pérez Carpio, primera tiple que actúa con éxito en el Ruzafa de Valencia con Anselmo Fernández y Rafaelito Díaz

Saloncillo

Un autor que usa monóculo nos ha retirado su amistad porque no alabamos lo bastante cuando se estrenó un drama suyo... y de otro.

Como ser amigo de este autor es algo así como tener una canongía, prometemos decir a la primera ocasión que es más genial que



Pedro Vidal, actor genérico de la compañía Caballé y en el que no se sabe qué admirar más, si su modestia o su valía



Paco Gallego, magnífico actor cómico del teatro Eldorado

Shakespeare. Y... ¡quién sabe! Hasta puede haber alguien que se lo crea. Por ejemplo: él.

Hace unas semanas anunciamos que nuestro camarada de redacción, Mateo Santos iba a escribir para el teatro. Bueno, pues ya tiene listos ¡treinta y dos actos!, repartidos entre varios dramas y comedias. Pero no es que tenga prisa por estrenar, no. Por el contrario, nos asegura muy serio que no le importará ser autor novel a la edad que lo es don Emilio Junoy.

También anunciamos en el mismo número que otro compañero, Martínez de Ribera, había terminado el segundo verso de un drama romántico, sin título definitivo aún. Hoy podemos adelantar que ha dado cima al cuarto verso. Con lo cual queda demostrado que trabaja más que el maestro Serrano.

Sabemos que el estupendo reporter y popularísimo escritor Paco Madrid, ha leído una comedia a la compañía Vila-Daví, y que ha tenido un éxito de lectura. Se titula la obra «El mal que pot fer una donna». Sobre todo si es suegra.

Enrique Torres

(Pasodoble)

Del maestro José Rovira

PIANO

p

f

I.

II.

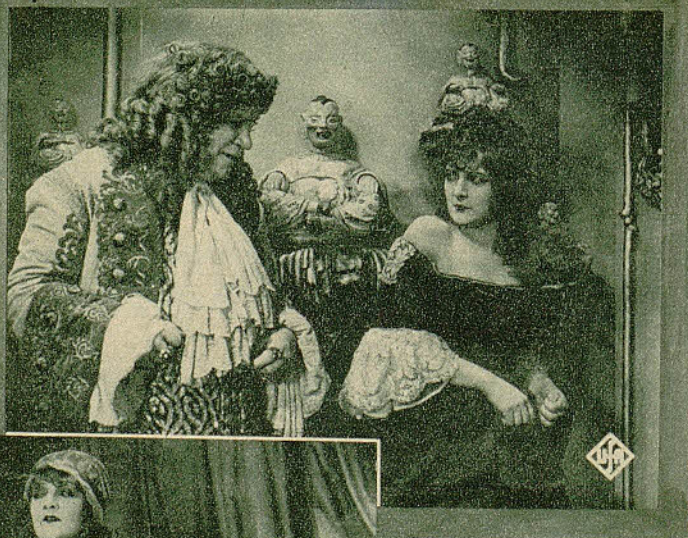
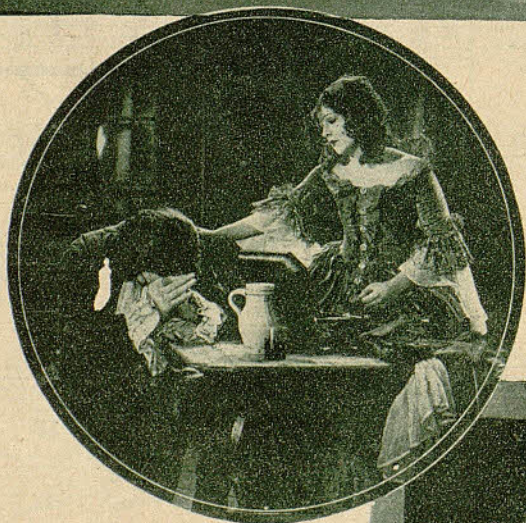
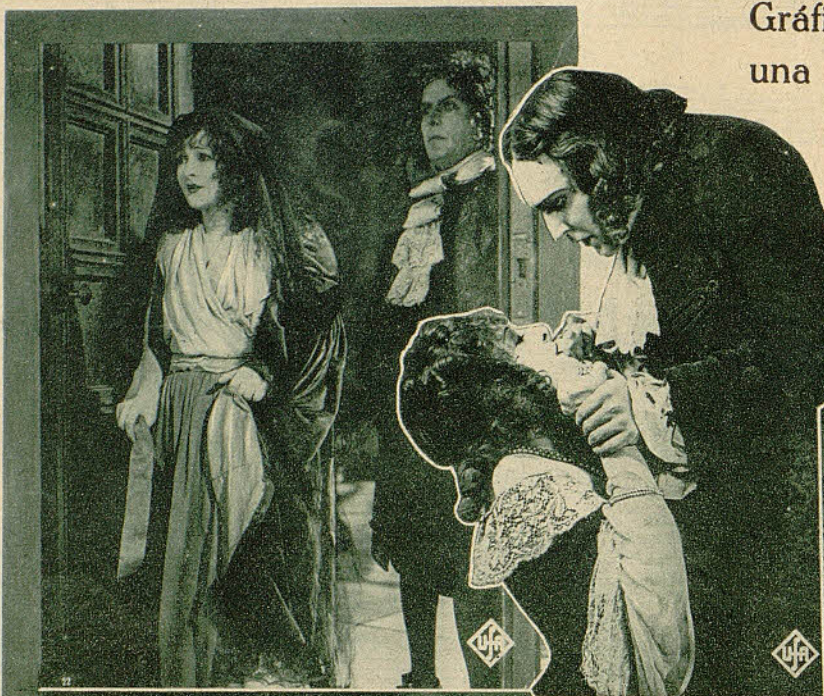
I.

II.

Con objeto de que nuestros lectores encuentren en la página musical las más bellas composiciones de la temporada, hemos procurado contar con los más interesantes maestros de la canción y el baile, los cuales nos han prometido la exclusiva de sus más originales producciones.

FRENTE A LA PANTALLA

Gráficos de "*MANON LESCAUT*",
una de las grandes producciones de la
U. F. A.



No podía presentarse en la
pantalla la célebre obra del
Abate Prevost, con más fide-
lidad y magnificencia que lo
ha hecho la editorial U. F. A.,

cuyas produc-
ciones denotan
un gusto artístico
no superado por
ninguna casa.

CAPITOL CINEMA — Y — PATHÉ CINEMA

DÍA 18 DE OCTUBRE

GRANDIOSO
ESTRENO

DE LA MAGNA PRODUCCIÓN
N. P. U. DE LA FAMOSA MARCA

METRO GOLDWYN
CORPORATION

LA VIUDA ALEGRE

PROTAGONISTAS:

MAE MURRAY y JOHN GILBERT



"Fotogramas" viene pegando

He de confesar, ante todo, con la mayor ingenuidad, que soy un hombre de muy buena fe, de demasiada buena fe; tanto es así, que me la tienen que hacer dos veces para poner en duda la caballerosidad de alguien. Además, como la ambición no me ciega, a nadie envidio y me considero feliz con lo que poseo. Jamás a sabiendas perjudico a un semejante, al contrario, mi pobre pluma tiende por naturaleza a beneficiar, sin fijarse siquiera en quién pueda ser el elegido; ahora que, claro, como cosa formada de barro, suele caer en ocasiones en falta, mas involuntariamente. Y esto es lo que, por lo visto, no comprendió «Fotogramas» desde el momento en que para desmentir una noticia dada por mí en estas mismas columnas apela al insulto y hasta a la injuria.

El palo que me propina mi querido — sin ironía, con sinceridad — colega «Fotogramas», me lo anunció un amigo «cariñoso»:

—¿Leíste «Fotogramas»?

—No. ¿Es que salió ya?

—Naturalmente.

—Entonces lo compraré en seguida, que vendrá bien, de seguro.

—¡Ya lo creo! Viene pegando.

No concedí importancia a esa frase vulgar, y adquirí el número tres de «Fotogramas». Lo hojeé con delectación y admiré su exquisita presentación. ¡Sobberbia revista! — exclamé para mí—. Y empecé a examinarla despacio. Al llegar a la sección «Del momento», me detengo en el suelto que dedica a POPULAR FILM, y ¡oh, dolorosa sorpresa! Tras el justo elogio, el ataque injusto.

Mi amigo no me engañó: «Fotogramas» viene pegando por los dos lados: por el de los factores que contribuyen a su venta y por el de la dura censura. ¡Y ser yo, precisamente, el que la sufra! El mayor propagandista de «Fotogramas» y el más entusiasta partidario de la cinematografía española. La culpa es mía y sólo mía, por fiarme de las charlas de café. Con razón me negaba yo a concurrir a esas despreciables tertulias donde destroz reputaciones constituye inmenso placer. De hoy en adelante prometo

solemnemente no recoger ningún rumor por inofensivo que sea, y medir a conciencia el alcance de la menor noticia.

No, no quiero ser objeto de las iras de «Fotogramas». Me gusta mucho este periódico para dejar de coleccionarlo. Pero, la verdad, no es nada agradable comprar una revista elegante y encontrarse con que en las primeras páginas le atizan a uno fenomenal estacazo.

Supongo que «Fotogramas» aceptará mis explicaciones y rectificará en el próximo número sus atrevidas palabras. Y si reconoce que obró precipitadamente, en un arranque de mal humor, mejor que mejor. Yo, por mi parte, anulo en su último contenido una noticia que di en la crónica titulada «¡Vaya lío!» — número del nueve del pasado septiembre —, y que era como sigue: «Se asegura que Carlos Arniches quedó satisfecho de la adaptación de «La chica del gato» y que Muñoz Seca, en cambio, se desilusionó al contemplar en el blanco lienzo «Los cuatro Robinsones». Y en su lugar oigamos a «Fotogramas»: «como de «Los cuatro Robinsones» no se sacaron aún positivas, difícil es que desilusionase al señor Muñoz Seca, ya que ni este señor ni nadie pudo ver la película en cuestión». Ni parcialidad ni mala fe — apresuramiento, exceso de credulidad — hubo en mí, ¿no es así, señores de «Fotogramas»?

Respecto a los editores de «Los cuatro Robinsones», permítaseme mostrar mi extrañeza por su proceder: cuando una noticia o información es equivocada, se ruega al periódico que la publicó que la rectifique, y se acabó el incidente; y únicamente en los casos en que se niega la rectificación se recurre a otro periódico. Y los editores de «Los cuatro Robinsones», lejos de dirigirse a nosotros, se fueron con lamentaciones y protestas injustificadas a «Fotogramas». Anómala es su conducta, mas acatémola como cosa consumada.

Y terminemos esperando impacientes el estreno de «Los cuatro Robinsones», de cuya suerte — ojalá sea favorable — enteraremos al lector con honradez y sensatez.

SÁBELOTODO

El cinema tiene fervientes adeptos en el Africa del Norte y en el Sur de la Argelia, donde sorprende encontrar un salón de cine, espacioso y confortable, en el que, semanalmente, se proyectan los últimos films aparecidos.

En Barika, al sur de Constantina, existe un cine de esta clase para la Liga de Enseñanza, presidida por el administrador del municipio mixto. El secretario y el arquitecto municipales, convertidos en operadores, hacen funcionar el aparato de proyección.

A estas proyecciones asiste siempre un numeroso público, y los árabes se interesan vivamente por las imágenes movientes. Se instalan distribuidos en pequeños grupos, y el más ilustrado de cada grupo va traduciendo los títulos de la película para que los demás la comprendan mejor.

Cuando se pasó «Los hijos del Sol», fué el delirio. Los indígenas, al ver sus rostros en la pantalla, prorrumpieron en gritos de entusiasmo y en aplausos estruendosos.

Estas proyecciones de películas son el mejor medio de persuasión para hacer amar a los africanos la civilización europea.

Los peligros de la popularidad

Lucienne Legrand es muy amada en Italia, donde casi todas sus películas han sido proyectadas. Ella misma ha tenido ocasión de apercibirse de su popularidad durante su último viaje al país de los camisas negras.

Entre Roma y Florencia, Lucienne, que viajaba en «sleeping-car», notó que el empleado de los coches camas pasaba frecuentemente por el pasillo y no le quitaba los ojos de encima. En un momento dado, el buen hombre se detuvo, y gorra en mano, muy respetuosamente, le preguntó:

—¿No es a la señora Nantas a quien tengo el honor de dirigirme? No puedo equivocarme. La he reconocido, señora.

Lucienne Legrand confesó que, en efecto, había interpretado el principal papel femenino de «Nantas», pero que ella tenía otro nombre.

El empleado de los coches camas sacó entonces rápidamente de su cartera una tarjeta postal con el retrato de la artista, que trazó en ella su firma debajo de una cariñosa dedicatoria. Su admirador le explicó entonces por qué prefería el cine al teatro, añadiendo que él se creía dotado para reconocer a los buenos artistas, y después se puso a imitar a los «ases» de la pantalla.

Lucienne Legrand estuvo a punto de pedir gracia, pues el cinófilo, con su excesivo entusiasmo, se hacía pesado. Para desembarazarse de él tuvo que afirmar que necesitaba dormir. El, entonces, se marchó suspirando.

Un campeonato original

El jovial Karl Dane y la encantadora «vedette» Joan Crawford, realizaron recientemente un originalísimo campeonato.

Karl Dane había apostado que era capaz de recorrer tres kilómetros en menos de veinte minutos, con las manos en los bolsillos del pantalón, y llevando a horcajadas, sobre los hombros, a su graciosa «partenaire» Joan Crawford.

La apuesta fué aceptada. En el nuevo film de la Metro Goldwyn, «Slim», puede verse a los dos artistas en tan original postura.

No fué Joan Crawford la que menos se divirtió en esta prueba, pues encaramada sobre las espaldas de su sólido portador, tenía que realizar grandes esfuerzos para aparecer seria ante los concurrentes a este campeonato original, que ganó Karl Dane.

MARAVILLOSO

Y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural A LOS OCHO DÍAS de usar el INSUSTITUIBLE ACEITE VEGETAL MEXICANO, PREMIADO GRAN PRIX, CRUCES Y MEDALLAS. No mancha absolutamente nada y por esto se usa con las mismas manos, como cualquier BRILLANTINA. El uso de este ACREDITADÍSIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal o cual color: es únicamente para devolver a los CABELLOS BLANCOS su primitivo COLOR NATURAL, CON TODA GARANTÍA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS O NEGROS, sin que nadie pueda ni imaginarse que estén teñidos. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso. Concesionario: E. SARRÁ. Se vende en todas las perfumerías de España. Precio, 6 y 10 pesetas. Con uno de los de a 10 pesetas hay cantidad suficiente para un año de uso.

ECOS DE BARCELONA

"La viuda alegre", de la Metro-Goldwyn

Cuando se estrenó la célebre opereta «La viuda alegre», la presentación de la misma fué causa de un cambio radical en la moda femenina; todos los vestidos y ropa blanca de la «La viuda alegre», llegaron a hacer furor. Así creemos sucederá con la exquisita creación de Mae Murray en la adaptación a la pantalla de dicha opereta, ya que esta bella actriz hace alarde de las más sugestivas y elegantes creaciones de la moda. Esta película está dirigida por Erich von Stroheim, y como todas las producciones de este conocido director, acusa una perfección absoluta.

En todos los films dirigidos por Erich von Stroheim, éste ha hecho algún descubrimiento sensacional de actor o actriz desconocidos



Mae Murray en «La Viuda Alegre»

hasta entonces. En «La viuda alegre», que se estrenará pasado mañana en los lujosos salones Capitol Cinema y Pathé Cinema, podrá el público admirar el arte perfecto del nuevo as de la pantalla, Roy D'Arcy, el cual, gracias a su director, nos demuestra en esta producción todo lo que vale. Roy D'Arcy había sido en otros tiempos un tenor de opereta cómica, y seguiría siéndolo todavía a no ser por von Stroheim que creyó ver en él cualidades ignoradas escogiéndolo para interpretar el papel del príncipe heredero en «La viuda alegre».

Mae Murray en «La viuda alegre» está dirigida por primera vez por un director que no es su esposo. Podemos asegurar que bajo la dirección de Erich von Stroheim surge una nueva y deslumbradora Mae, y que en esta producción puede admirarse a la verdadera actriz, sin excentricidades ni exageraciones ridículas.

PRUEBAS DE PELÍCULAS

"El Aguila Negra", de los A. U.

En sesión de prueba se proyectó la película «El Aguila Negra», producción de los Artistas Unidos, interpretada por Rodolfo Valentino.

Los que lean el argumento de esta película, que publicamos en otro lugar del presente número, verán que su trama es novelesca y que el amor y la aventura entran en juego.

La dirección de este film ha sido acertada, muy interesantes las fotografías y sencillamente estupenda la interpretación, no sólo por parte de Valentino, que esto fuere ocioso decirlo, sino también por la de los demás artistas que con él actúan.

ESTRENOS

En el Capitol Cinema y Pathé Cinema

En estos salones se estrenó «El Aguila Negra», una de las últimas producciones de Valentino, que obtuvo un éxito grandioso.

Ver vivir en la pantalla a un desaparecido, es una de las emociones más fuertes e intensas que puede sentir un individuo y una colectividad. Y al ver sonreírse y moverse al malogrado actor en el blanco lienzo, esa emoción la sintieron todos los espectadores del Capitol y del Pathé, que rindieron un último tributo a Rodolfo Valentino.

En el Coliseum

La semana pasada se estrenó en este cine la película de la Metro-Goldwyn, «El Barba Azul americano», en la que se caricaturiza a varias conocidas figuras de la pantalla.

La intención irónica de esta película y lo atractivo de su asunto, regocijó a los espectadores, que aplaudieron largamente esta producción.

También se estrenó «El golpe de muerte», de la Paramount, interpretada por el popularísimo actor Richard Dix, que obtuvo un éxito franco.

En el Kursaal y Cataluña

«Madame Lucy», de la marca Prodisco, interpretada por Jean Arlette y Ana Pennington, y «La muñeca de lujo», del programa Verdaguer, en cuyo reparto figura Helen Chadwick, Clyde Brook y John Harron, fueron las películas estrenadas en el Kursaal y Cataluña.

«Madame Lucy» es un divertido vodevil que tiene la fina gracia y salacidad del género cuando éste se trata bien como en dicha película. «Madame Lucy» tuvo éxito franco.

«La muñeca de lujo», de asunto dramático, también fué del agrado del público.

Noticiario cinematográfico

El banquete homenaje a don Joaquín Freixes, director de nuestro querido colega «Arte y Cinematografía», se celebrará mañana, a las nueve de la noche, en el restaurant «Patriar».

Sabemos que a este simpático acto concurrirán todos los que significan algo en la cinematografía barcelonesa.

Hemos recibido el primer número de «La Pantalla», revista cinematográfica muy bien presentada y que contiene una información interesante y amena.

Correspondemos con gusto al saludo que «La Pantalla» dirige a la prensa, y le deseamos muchos triunfos periodísticos.

Don Pedro Bistany, de «La Novela Semanal Cinematográfica», tuvo la desgracia de ser alcanzado por un tranvía, sufriendo la rotura de la clavícula.

Lo lamentamos de veras y celebraremos su pronto y total restablecimiento.

Los intérpretes de las producciones que la empresa del Capitol Cinema tiene adquiridas para la temporada actual, son los siguientes: Douglas Fairbanks, Buster Keaton, Jackie Coogan, Norma Shearer, George O'Brien, Lillian Gish, Norma Talmadge, Alma Rubens, Marion Davies, Antonio Moreno, Viola Dana, Magde Bellamy, Mary Pickford, Charlie Chaplin, Rodolfo Valentino, Alice Terry, Mae Murray, Ramón Novarro, Constance Talmadge, Lon Chaney, John Gilbert, Tom Mix, Jack Perry y Charles Ray.

Esta lista basta para apreciar la importancia de las películas que se estrenarán en el Capitol Cinema.

Un inglés que creyó volverse loco

Las escenas más interesantes de «El beso de la victoria» se desarrollan en el maravilloso palacio de Versalles. Para la toma de vistas, los intérpretes de la cinta hubieron de permanecer durante quince días en el interior del palacio citado, desde el amanecer hasta por la noche. Con el fin de evitar que los millares de turistas que a diario acuden a Versalles atraídos por la incomparable belleza de sus jardines y salones, pudieran interrumpir la labor de los artistas, se reservaron a éstos un considerable número de dependencias en las cuales se prohibió terminantemente la entrada a todo individuo extraño.

Pero en un descuido de uno de los guardianes logró introducirse un súbdito inglés que por lo visto, para andar por aquellos lugares, no había menester el clásico cicerone. Quiso la casualidad que el hijo de Albión llegara en el preciso momento en que los artistas, vestidos al uso de la época paseaban en compactos grupos esperando la orden de comenzar la espléndida fiesta con que Luis XV celebra el retorno de la marquesa de Pompadour a la corte.

Ante aquel cuadro deslumbrante, evocador del Versalles en su época de mayor esplendor, creyó el inglés víctima de una alucinación. Creyó que había perdido el juicio y comenzó a dar gritos como si realmente hubiera estado loco de verdad.

Por fortuna estaba allí Aimé Simon Gerard, el protagonista de Fanfán Rosales, que habla correctamente el inglés, y tras no pocos esfuerzos logró calmar al intruso, haciéndole comprender que aquello no era una quimera, sino una realidad viva y tangible. Una reunión de actrices y actores para representar el más artístico y suntuoso de los films que ha logrado producir la cinematografía mundial.

CARTELES DE CINE

MANUFACTURA GENERAL DE IMPRESOS - LITOGRAFÍA

REPRODUCCIONES DE
ARTE - CATÁLOGOS
CROMOS - FACTURAS

Teléfono
n.º 674 G.

PAPEL DE CARTAS-TAR
JETAS Y DEMÁS TRA-
BAJOS COMERCIALES

R. FOLCH Villarroel, 223 - París, 130
BARCELONA

Las "toilettes" suntuosas y el arte del maquillaje

Una de las cosas que más encantan al público femenino de cines, son las «toilettes» que exhiben algunas artistas en las películas que se desarrollan en un ambiente mundano, elegante y frívolo.

Las modas más audaces y diríamos que extravagantes algunas de ellas, sin que esto vaya en desdoro del buen gusto — pues no hay mujer hermosa, de cuerpo escultural que no resulte atractiva y llena de encanto bajo cualquier moda —, son lanzadas, de un tiempo a esta parte, por las estrellas americanas de mayor renombre.

En este aspecto, Gloria Swanson, Greta Nissen, Ana Q. Nilsson, Mary Philbin, Norma Shearer, Mae Murray y Pola Negri, se llevan la palma.

Las «toilettes» de estas lindas y famosas mujercitas, son siempre suntuosas, magníficas y llamativas. Se habla de los vestidos de estas «vedettes», en tal o cual película, con la misma familiaridad e interés que si se tratara de los que lucen en «soirées», paseos y teatros las damas o damiselas de nuestra buena sociedad. Estas charlas, resultan siempre de buen tono entre mujeres, preocupadas del adorno de su cuerpo, y es natural que muchas vayamos al cine, más que por gozar espiritualmente con las escenas de la película que se está proyectando, por admirar las «toilettes» de la protagonista del film, a pesar de que no es posible apreciar en la pantalla los tonos del ves-

tido, tan esenciales para poder apreciar si la elección de color ha sido acertada, pues éste no favorece nunca por igual a una rubia que a una morena o trigueña.

La artista que hoy aparece en esta página, no es ninguna de las que hemos señalado más arriba como modelos del buen vestir en la escena muda. Esta bonita actriz del arte silente, cuyo cuerpo acusa sus delicadas y armónicas líneas, envuelto casi todo él en finísimas plumas y en cuya cabecita rubia centellean las piedras preciosas de una diadema, es Adela Rogers, artista de la Metro-Goldwyn, en la producción cinematográfica «El Jazz-band del Follies».

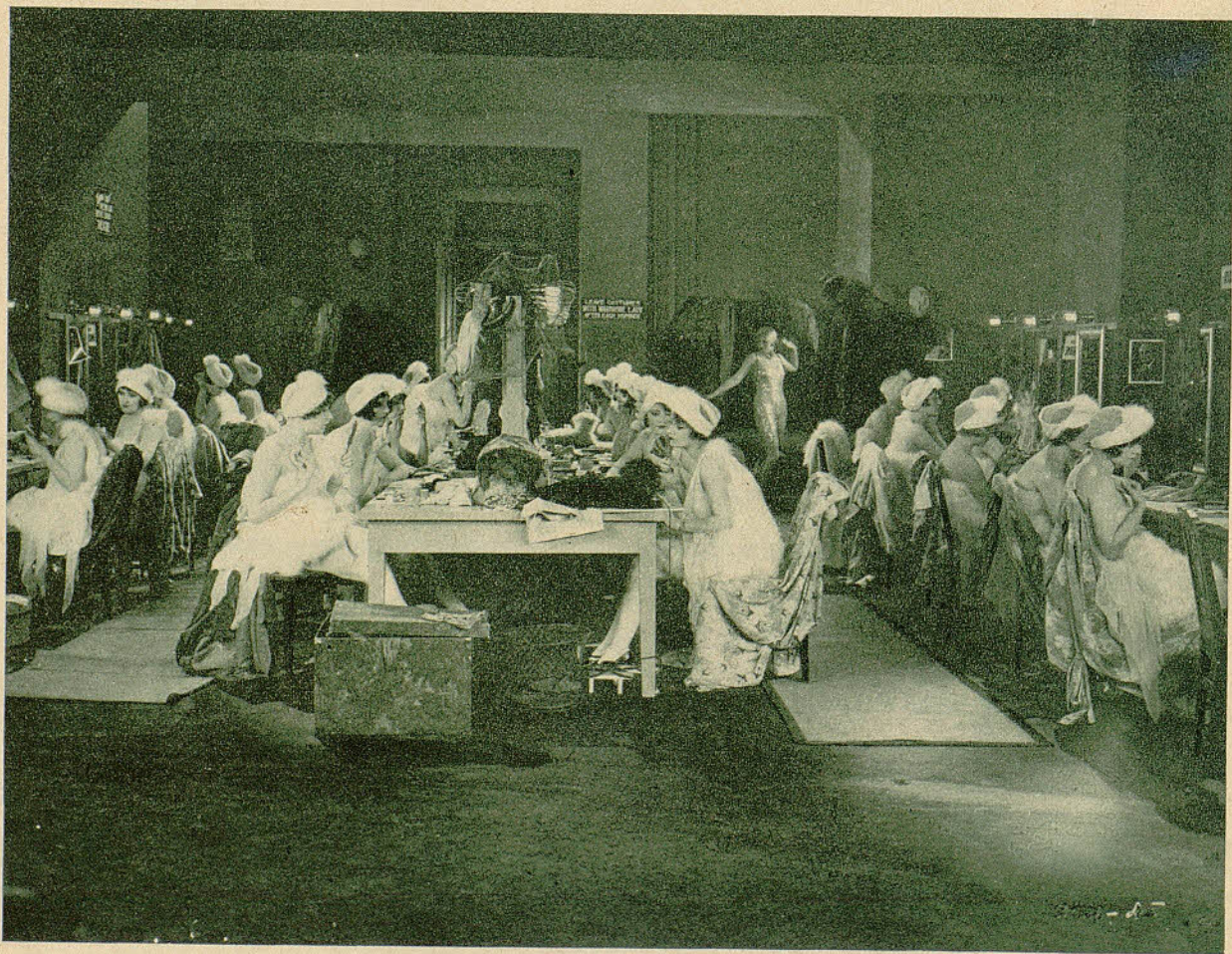
Tan gentil modelo, llamará seguramente la atención de mis lectoras. En una muchacha rubia, de cutis terso y alabastrino como Adela Rogers, ese vestido en que más esencial que el raso son las blancas plumas que lo adornan, resulta precioso y de una elegancia refinada, como seguramente lo apreciarán así mis lectoras, de cuyo buen



gusto no cabe dudar, toda vez que entre ellas está obteniendo un éxito esta sección.

Para ninguna de mis lectoras puede ser el maquillaje un arte desconocido. Hoy, no existe mujer que no sepa manejar la barra de carmín que da a la boca forma de corazón sangrante, ni que ignore la aplicación del rimmel y del kol que embellecen los ojos. Pero seguramente ignoran que las artistas de cine, cuando van a impresionar una escena, se maquillan el rostro con una crema blanca, pues si usaran el rojo aparecerían con la cara negra. Y con blanco se están maquillando las lindas muchachas que aparecen en esta fotografía de «El Jazz-band del Follies».

MISS GLADYS



Museo fotográfico de *Popular Film*



LYA DE PUTTI

en la magnífica producción de la U. F. A.,
"MANON LESCAUT".

Popular Film

Interesante circular sobre los locales destinados a espectáculos públicos

En el «Boletín Oficial» se ha publicado la siguiente circular del Gobierno civil:

«Noticioso este Gobierno que con bastante frecuencia se infringe el vigente reglamento de espectáculos, autorizándose unas veces y consintiendo otras, por las autoridades locales, la construcción de edificios de nueva planta destinados a espectáculos públicos, cuando no la reforma de los que existen, lo mismo que cuando de su apertura se trata, sin haberse sujetado ni cumplido previamente los preceptos establecidos en dicho texto legal, he acordado llamar la atención de los alcaldes de la provincia para que en lo sucesivo se atengan en absoluto a cuanto se dispone sobre el particular en la tercera parte del referido reglamento y de un modo especial en su capítulo XII, que trata de las obras de nueva planta y reforma, absteniéndose de conceder ninguna autorización de esta clase que no haya sido previamente aprobada por este Gobierno, previniendo que, de contravenirse a lo mandado, se exigirá por ello la debida responsabilidad a quien diere lugar a ello; y a fin de evitarlo, y para que no se pueda alegar ignorancia, se recuerda que no se puede empezar ninguna obra nueva ni de reforma, sin que se

haya incoado expediente por el propietario o interesado en la misma y elevado por conducto de la Alcaldía respectiva de la localidad donde hayan de construirse, para su aprobación por este Gobierno, previo informe que reclamará de la Junta consultiva de espectáculos.

Si se trata de aperturas, los empresarios acompañarán siempre a las solicitudes que vienen obligados a presentar ante la autoridad gubernativa superior de la localidad las certificaciones previstas en el artículo 90 del reglamento, que se refieren al estado del edificio y condiciones de higiene que reúne.

Y, para el más exacto cumplimiento de las presentes instrucciones, encarezco a los agentes de mi autoridad la facultad que tienen en cualquier momento de poder exigir a los interesados la presentación del permiso que al efecto deberá obrar en su poder para justificar que ha sido convenientemente autorizado por la autoridad gubernativa superior de la localidad, bien que se trate de obras de nueva planta, de reforma o de apertura de locales destinados a espectáculos públicos, dándome cuenta de las infracciones que comprueben, al objeto de imponer la inmediata sanción correspondiente.»

Alberto Romea compuso magistralmente el tipo de *Gabino*, sin que resultara desdibujado en ningún momento de la comedia.

Admirabilísimas la señora Alcoriza y la señorita Bustillo. Y excelentes los demás.

El público aplaudió al final de los tres actos.

Como fin de fiesta actuó Mercedes Serós, linda mujercita y artista enorme, que también fué ovacionada. M. S.

Español: «¡La cocaína!»

El nombre de Amichatis, ya ilustre y popularísimo en el teatro catalán, es siempre garantía de éxito. Y un éxito más tuvo con su guignol en un acto «¡La Cocaína!».

Durante quince o veinte minutos que dura la obra, el público estuvo en tensión, sintiendo el escalofrío de la emoción.

La señora Casals y los señores Santpere y Nolla hicieron sus papeles de una manera notable.

Amichatis, ovacionado por el público, tuvo que salir varias veces al palco prosenio. G.

Poliorama: «Mimí Valdés»

Otra comedia en tres actos del señor Fernández del Villar. Dos estrenos en una noche. ¡Así se aumenta el trimestre!

El autor de «Mimí Valdés» nos demostró con esta comedia que sabe mover hábilmente los muñecos y que dialoga con facilidad.

El asunto no ofrece nada nuevo.

Muy bien Luisa Rodrigo, Luis Peña, Pina y el resto de los intérpretes, que fueron aplaudidos al finalizar los actos. C.

Nuestra portada

Esta vez, el bicolor de nuestra portada es en huecograbado. Hemos querido rendir así el último tributo al que fué el primer galán joven de la pantalla: Rodolfo Valentino, que figura en ella, en una escena de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis».

ESTAFETA

Pedro Solans. — Ciudad. — Las direcciones que pide, son: Famous Players-Lasky Corp., 485 Fifth Ave. New York; igual; Fox Film Corp., 55 th. & 10 th. Ave., New York City; 7119 So. Grand View, Los Angeles, California; 50 West 67 th. St., New York City; Paramount, 485, Fifth Ave. New York City; y 1820, La Brea St., Hollywood, California.

J. Lojara. — Trubia. — Mande usted esas músicas que dice y se publicarán si, como esperamos, son dignas de ello.

Pérez y Compañía. — Ciudad. — La revista a que aluden ha entrado ya en el periodo agónico. Y no es posible que se salve con los médicos de cabecera que tiene. ¿Para qué molestarse, pues, por las incoherencias que dice en su delirio? Un silencio piadoso y un R. I. P. cuando pase a mejor vida la pobrecilla.

T. Sacristán López. — Hospitalet de Llobregat. — Envíe usted esa música, y nuestro director musical decidirá.

PEQUEÑOS COMENTARIOS

¿La reina María de Rumanía, estrella de cine?

Los periódicos diarios, en su sección telegáfica, han publicado estos últimos días la noticia de que la reina María de Rumanía ha sido contratada por el célebre empresario de Los Angeles, Mr. Edwin Carew, para que tome parte en la película «Resurrección», adaptación cinematográfica de la obra de igual título de Tolstoi.

Según afirma Mr. Edwin Carew, la soberana ha aceptado, por un día de pose, la bonita suma de 865.000 francos. Y se añade que la legación de Rumanía en Washington ha servido de intermediaria entre el empresario y la reina.

A nosotros no nos sorprendería que esta noticia fuese comprobada. El arte mudo tiene una fuerza de atracción enorme y un encanto irresistible, y lo mismo puede seducir a una reina que a otro mortal cualquiera. Por otra parte, la cantidad en que se dice que ha sido contratada la soberana de Rumanía, no es despreciable, ni aun tratándose de persona tan elevada. Los tiempos que corren son de democracia... y de negocio.

El mismo Guillermo de Hohenzollern ha impresionado películas, aunque después de perder el trono de Alemania. Ahora se dice que impresionará «Resurrección» la reina de Rumanía.

A nosotros, lo repetimos, no nos sorprende que el séptimo arte atraiga hasta a las personas reales. Porque no existe título tan glorioso como el de artista.

ESTRENOS

Tívoli: «La Prudencia»

Comedia en tres actos de costumbres populares madrileñas, de José Fernández del Villar.

La trama, sencilla; los tipos, de sainete todos ellos, bien observados; el diálogo fácil, graciosas algunas situaciones y los chistes de buena ley casi todos.

A pesar de esto, que no es poco en los tiempos que corre el teatro español, lo mejor de «La Prudencia» fué la interpretación. Con artistas como los que actúan en el Tívoli, no hay obra mala. Y conste que «La Prudencia» no lo es, pero sí sería insignificante si no la animaran en el escenario comediantes del talento y el mérito de los del Tívoli.

La señora Sánchez-Ariño encarnó su personaje — el de protagonista — de un modo maravilloso.



Depósito general para España: Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A.: Paseo Industria, 14, Barcelona

KALMINE

EL MEJOR SELLO
CONTRA EL DOLOR

Laboratorio P. METADIER TOURS

De venta en todas las buenas farmacias
y droguerías de España.

Argumento de la semana

Manon Lescaut

Producción "U. F. A."

Interpretada por Lya de Putti

Manon Lescaut es una encantadora muchacha: tiene su belleza todos los encantos de la primera juventud, y es alocada y revoltosa como un niño travieso. Por eso sus padres, temerosos de que la chiquilla cometa una locura, pues sus aficiones al placer son inmensas, aprovechan el viaje de unos viejos parientes que se dirigen a Amiens, y les encomiendan a su hija, la que si Dios no lo remedia, ingresará en un convento de la vieja ciudad que aniquile los impulsos de su brava y pléutica juventud.

La diligencia en que a Amiens se dirige la linda muchacha casquivana, conduce a París al viejo conde Bly, gran terrateniente y administrador general del Reino, con el que coquetea la ligera Manon, que no puede vivir sin poner en práctica esa manifestación de su carácter eminentemente femenino.

El conde Bly está encantado, sus rentas y su personalidad figuran que no dejan percibir sus arrugas, su calva y su decrepitud. Viejo crapuloso y ruin, práctico en la vida de la facilidad, y en su día gran catador de mujeres, bien pronto se da cuenta de las ansias de volar que tiene la paloma, y anina sus deseos con historias de amor y de placer, que escandalizan a los viejos parientes de Manon, y en cambio a la linda locuela ruborizan y entretienen.

El conde Bly cuenta a la muchacha escenas licenciosas de la corte; la reseña los placeres que para las jóvenes hermosas encierra París, y realiza una maravillosa labor de seducción, que acaba cuando el coquero anuncia la ciudad de Amiens, en cuya posada detiene la diligencia su molesto traqueteo.

Entre los muchos curiosos que en Amiens esperaban la diligencia, sin otro objeto que el de satisfacer su curiosidad, se encontraban el caballero Des Grieux y su amigo y compañero Tiberge, que se disponen a tomar el estado eclesiástico, y esperan confundidos entre los curiosos la diligencia que viene de Arras.

Cuando Manon desciende de la diligencia, un murmullo de admiración corre entre los curiosos. Su fresca y lozana belleza hacen de ella una criatura adorable, a la que todos los hombres rinden pleitesía.

El caballero Des Grieux la contempla extasiado y sufre la impresión más honda de su vida. Sus ojos no perciben nada de lo que le rodea; están clavados en los ojos de la hermosísima viajera de Amiens, que ha visto la impresión causada, y paga la admiración del guapo caballero con la más encantadora de sus sonrisas, con la que inflama el corazón del caballero, al que ni los consejos de su amigo ni la consciencia de sus deberes, logran que retenga el impulso que a la bella viajera le acerca cautivado. La luz de sus ojos le atrae irresistiblemente, y a su fulgor ve nacer en su pecho una violenta pasión por la atrayente muchacha, que le persigue con sus miradas y su coquetería.

La noche ha tendido sus velos sobre Amiens. Cerca de un farol que ilumina débilmente la puerta de la posada, un hombre y una mujer conversan muy cerca el uno del otro. Por muy próximo que un tercero estuviese de la pareja, no lograría oír una palabra de su conversación: su voz es muy queda, y si no la ayudan los ojos a veces no se comprenderían; pero los ojos se lo dicen todo. Están dulcemente enlazados. El posadero apaga malicioso el farol. Un beso largo, infinito, llena la calle sucia de sonora alegría. La calle está oscura, y sin embargo, el amor la ilumina con la antorcha encendida de una primera pasión.

Manon, humilde y cariñosa, abrazada a Des Grieux, le cuenta su situación.

—¡Soy muy desgraciada! Quieren que ingrese en un convento de Amiens y yo no tengo vocación. Quiero vivir como las águilas, no como los jilgueros. ¡Si fuese verdad ese cariño vuestro, caballero!

—¡Manon! ¡Dulce Manon! Yo no he querido a ninguna mujer: el amor no había llegado nunca a mí, y sólo al amor de Dios había consagrado las fuerzas de mi espíritu. Hoy veo que hay algo en la vida a lo que el hombre no puede sustraerse, y este algo es el amor a la mujer que por su belleza logra en nuestro corazón ser reina y señora. Todo esto que antes no comprendía, ha nacido en mi cerebro al influjo poderoso de tus ojos. ¡Manon! Como no tengo el corazón gastado por ninguna pasión, sé querer: como en este momento la emoción es dueña de mi espíritu, no sé mentir.

—Quizá digas verdad, caballero: quiero creerlo, porque necesito creerlo... Vas a París... ¿Por qué no me llevas a París contigo?... ¡Sería tan feliz viviendo el amor a tu lado, mi caballero!

—¡Dulce amor mío! Mi voluntad es esclava de tus caprichos. Eres reina de mi alma y de mi vida.

—Esta noche cuando mis viejos parientes duerman, recogeré mis ropas y vendré a tu lado...

—Mi alma, hermosa mía, te recibirá con todas sus bengalas encendidas y con las corolas de todas sus flores abiertas para recibir a la que es su señora por amor.

—¡Juradme, caballero, que no me engañaréis! ¡Vuestro amor es en lo único que mi alma se fia!

Los brazos de Manon se habían enlazado al cuello del caballero Des Grieux, que todo fuego al alborear del amor en su alma, prendía el broche de sus besos en la llama viva de los ardientes labios de Manon.

Se separaron con un beso infinito, citándose para cuando en la población quedase todo en silencio.

—Adiós, mi único amor.

—Adiós, mi amado caballero.

Manon llega a su habitación donde sus parientes la aguardan con impaciencia, viéndose obligada a desnudar y a hacerse la dormida. Queda en silencio la cá-

mara, y cuando han pasado un par de horas, recoge Manon sus trapitos, y vistiéndose precipitadamente se lanza con los zapatos en la mano a la escalera, al final de la cual la esperan los brazos de su enamorado caballero. Un coche preparado cerca de la posada les espera, y unidos en un apretado abrazo, y ya dentro del coche, ven cómo la callada ciudad de Amiens abre sus calles al amor que nace y va en busca de otros cielos en los que dan vida a la siempre eterna ilusión.

II

La joven pareja instaló su nido de amor en París y en el vivían de tal modo enamorados el uno del otro, que eran la envidia de cuantos les conocieron. Todo lo del mundo era un mito para ellos, que no existían más que para aquel amor que constituyó su desgracia, pues dejaban por él pasar el tiempo sin que al caballero Des Grieux preocupase otra cosa que no estuviera relacionada con el cuello de alabastro de su bien amada, con sus ojos de fuego o con sus labios donde el coral hiciera nido y palacio de su más preciado color.

París es traidor; en él todo cuesta carísimo: las sedas que cubrían el cuerpo perfecto de Manon, sin que fuesen derroche de lujo, eran costosas; las casacas del caballero, que había de vestir con arreglo a la posición de su padre, mariscal de Francia, había que pagarlas a precio de oro, y los chapines de Manon, y los encajes, y los terciopelos, todo, en fin, acababa con la fortuna más sólida, cuanto más con los pocos recursos del joven caballero Des Grieux. Los acreedores aporreaban las puertas de aquel nido que el amor formara, y que Des Grieux no quiere perder.

Propone a su amada la reconciliación con su padre, y más tarde el casamiento legal; pero Manon no recibe bien sus propósitos, y ha de abandonarles apenas nacidos.

Los fondos se agotan y los acreedores les hacen la vida imposible, por lo cual decide Des Grieux lanzarse a la calle en busca de los fondos necesarios para remediar la situación de Manon, a la que no quiere ver sufrir por nada ni por nadie. Quiere empeñar su última sortija... ¡Pobre caballero. No sabe que el gavián acecha a la paloma, y la paloma es débil!

Próximo a la casa de la enamorada pareja había amueblado un palacete el conde Bly, quien después de haber dado con las huellas de la enamorada pareja, trabajaba arduamente en combinación con la dueña de la casa que habitaban para lanzarse al asalto de la irreflexiva Manon, a la que sabía amante del lujo y del placer. Valióse para ello de Lescaut, hermanastro de Manon y Guardia de Corps y uno de los cinco mayores de París, el cual se encargó, por unos luises, de entretener a Des Grieux un par de horas, que el viejo conde aprovecharía para procurar la desgracia de ambos amantes.

Manon está aterrada; sus acreedores han penetrado en su casa y vienen dispuestos a llevarse todo lo que suponga algún valor, o a que les paguen sus cuentas atrasadas. La linda casquivana no tiene ni la más mínima cantidad, y llora y se desespera viendo como todas sus galas van pasando a las manos sucias y velloas del carnicero, zapatero, etc., cuya irrupción en la estancia fue fatal para la dulce felicidad de los amantes.

Llamado por la celestina dueña de la casa en que vivían los tórtolos, preséntase en este momento de apuro el crapuloso conde Bly, el cual es recibido por la enamorada Manon con muecas de burla y de desprecio. Hace mucho tiempo que el conde acechaba el momento oportuno para acercarse a la niña, a la que cortejaba de balcón a balcón, sin que mereciesen más que burlas su gesto cansado de aristócrata lúbrico y sus trajes de colorines, más propios de un muchacho que de un tan ridículo vejeterio gotoso, grotesco y panzudo.

—Tendrás cuanto quieras — decía el viejo a la bellísima Manon—. Ricos palacios, joyas y sedas. Tu vida será envidiada por todas las mujeres de París, pues así como no hay ninguna más bella, tampoco habrá otra que pueda compararse a tu elegancia a la tuya. Piensa un poco Manon. Al lado de tu enamorado caballero, mientras no haga las paces con su padre, sólo te esperar privaciones y penas mil. Ya ves cómo ahora mismo esos hombres —dijo señalando a los acreedores humillados ante su magnífica presencia— te van a arrebatar tu pequeño tesoro, aquel con el que adornas tu belleza, y que el pobre Des Grieux no puede defender porque carece del dinero. Tienes en tus manos la felicidad de toda una vida, y ya ves qué fácil es alcanzarlo. Con que pongas tu firma en este papel, el padre de tu amante vendrá por él y le encerrará a piedra y lodo en su seminario, de donde no saldrá nunca más.

Los sollozos de Manon partían el alma. Su tristeza era infinita; ¡pero tenía tanta razón el conde! ¿Qué iba a ser de ella sin joyas y sin trajes? ¿Cómo podría vivir pobremente sin ser admirada y asediada por todos los que a su paso tropezaban en las calles de París? Nadie se fijaría en ella; pero... ¿y su enamorado y rendido caballero? ¿Qué sería de él sin su amor?

—Decidme pronto, Manon — continuó el viejo conde—. Esos hombres esperan. A tu noble y agraciado caballero nada le puede pasar. Además, que tú puedes seguir queriéndole; yo no me opondré a ello.

Por fin, y no sin mucho vacilar, Manon firmó, y el conde Bly pagó las deudas todas de los amantes, y encargó para Manon joyas y sedas a las mejores casas de París.

No tardó mucho el padre del caballero Des Grieux

en recibir la carta, y le bastó tiempo al mariscal para buscar a su hijo y ponerle en antecedentes.

Imposible le parecía al enamorado que unas horas antes se había despedido de Manon, que fuera verdad falsa tanta, y a su casa se dirigió desesperado con la muerte en el alma y la esperanza de creer incierta aquella nueva en la mente.

De tres en tres subió los escalones y de uno en uno les bajó luego sollozando. Era verdad. Manon ya no le pertenecía. La ingrata abandonaba su inmenso amor por las riquezas de aquel Crespo estúpido y lascivo, que cambió por completo la existencia de Manon, cuya simpatía se captó con los riquísimos regalos que la hacía, consistentes en joyas, trajes, y con todo aquello que suele elucubrar la fantasía de todas las mujeres.

Manon triunfa en el gran mundo merced a la fortuna del conde Bly, que la abre todas las puertas. Des Grieux vuelve a casa de su padre, y transcurrido el tiempo para él lleno de amor, de odio, de esperanza y desesperación, alternativamente, según como Manon se presenta a su espíritu. Con su amigo Tiberge vuelve a encerrarse en el seminario de San Sulpicio, de París.

Con sus estudios, su reputación se extendió rápidamente. Se creía libre de las flaquezas del amor, y durante el año entero se dedicó al estudio hasta que llegó la época de hacer en público un ejercicio de teología. Su nombre circuló por todo París y llegó a oídos de la infiel por conducto del hijo del conde Bly.

—¿Sabes, Manon — la dijo éste—, que tu antiguo amante va a ordenarse de teología?

Manon se quedó pálida al escuchar al petrimetre. Nunca dejó de amar al caballero. Guardaba para su recuerdo el rincón más puro de su espíritu. Comprendía que el caballero tenía derecho para odiarla; pero... ¿qué culpa tenía ella de tener aquella cabecita loca? ¡Loca!

—Mañana, en San Sulpicio, tu caballero hará su ejercicio, y dentro de muy poco sólo el Señor tendrá derechos sobre el abate Des Grieux.

Manon no dijo nada: se limitó a secarse a hurtadillas una lágrima que resbalaba silenciosa por sus mejillas, y a salir del teatro achacando su decisión a su jaqueca.

El futuro abate Des Grieux era sobrado conocido en París para que al día siguiente lo mejor de la aristocracia parisina llenase la sala de conferencias del Seminario de San Sulpicio.

Des Grieux tenía nombre, fortuna, talento, y se conocían de él todas las andanzas y malaventuras a las que se había visto lanzado por aquel amor con que la sangre, Manon, le encendiera. Y los unos por conocerle, los otros por compromiso, y muchas bellas damas por que las viese el que habían enamorado caballero, fueron aquel día a San Sulpicio. También Manon, oculto su rostro tras un velo, contemplaba al amor de su vida como trasfigurado por la fe, rendía su vida a los pies del Redentor después de haber hecho su discurso, admirable, como tipo de oratoria religiosa, que le valió la enhorabuena de profesores, amigos y hasta de las mujeres, la mayor parte de las cuales no vieron más que el fuego que puso en su alma el caballero, futuro abate.

Había el acto concluido, y ya sólo con su amigo Tiberge estaban comentando los principales puntos de su discurso, cuando recibió la noticia de que una señora cubierta con un velo quería hablar con él, y le rogaba saliese, pues era asunto importante el que con él habría de tratar.

Cuando Des Grieux estuvo frente a la dama, dejó ésta caer el velo que cubría sus lágrimas, y se presentó ante la vista del hombre que tanto la quisiera.

—¡Manon!

—Sí, tu Manon, que viene a humillarse a tus pies y a suplicarte la perdonen, porque no puede vivir sin tu cariño...

—¡Ingrata Manon! ¡Vete! ¡Vete! ¡Que siga tu cuerpo enfangándose en el lodo de todas las impurezas! ¡Vete! ¡Vete!... y no vuelvas a interrumpir la calma de esta casa bajo cuyos muros maldije tu nombre...

—Sí, tienes razón; pero te quiero. Te hice mucho mal; pero ¡te quiero! No me abandones, amor mío; no me niegues tampoco el calor de tus besos, mi caballero. ¡Perdóname!

Humillada a los pies de su adorado, que sentía renacer su inmenso amor, llorosa, con aquellos sus divinos ojos preñados de felices promesas y segura del amor del caballero, ¿cómo no había de vencer? Luchó consigo mismo Des Grieux que duramente recibió a la que tanto amó y a la que a pesar de todo no había dejado de amar ni un solo instante, pero las lágrimas de la mujer vencieron, y unidos otra vez volvieron al ciclo que el amor volvía a poner en sus vidas.

Separanse un momento los amantes, ella para volver por sus cosas a su morada, y él para preparar el nido de amor que un día abandonaron. Muy pronto se habrían de reunir en él para no separarse en la vida. Así se lo juraron, y así hubiese sido si la desgracia o el destino no hubieran intervenido en las vidas de aquellos seres nacidos para amarse y, por lo tanto, para sufrir inmensamente, que no es amor tan dulce emoción como algunos creen.

Al volver Manon a su casa se encuentra en ella al conde Bly, y al que hace conocer su pasión por Des Grieux y el decidido propósito que la anima.

—Estoy cansada de sus caricias de viejo idiota y no quiero soportar ni un minuto más su estúpida presencia — dice Manon al conde — y continúa. —El es el único hombre a quien he querido y quiero, y no me



da la gana tener que soportar otras molestias que las que me da su cariño.

El conde escuchaba imperturbable y sonriente a la desgraciada Manon, y cuando se convenció de que eran verdaderas sus palabras, auxiliado por sus criados encerró a la linda enamorada en su cuarto, esperando que la soledad calmase sus nervios y la hiciese comprender serenamente el paso que iba a dar. ¡Pero cualquiera convence al amor de sus errores!

El conde de Bly era un malvado. Una vez que tuvo encerrada a Manon, se preparó el medio con que inutilizar a su contrincante en el amor de Manon, y para ello le envió hasta el lugar en que aguardaba, una carta con una cortésana guapa y fresca, pero de pocos atractivos morales.

Decíale en la carta que Manon había ganado la apuesta, pues aseguró cierto día que bastaría su sola presencia para que abandonase el seminario su antiguo amante. Lo había, en efecto, conseguido, y continuaba ofreciéndole aquella otra no menos hermosa mujer que era portadora de su carta.

Cuando el desgraciado caballero leyó la carta aquella se desplomó en el suelo abatido por el dolor, como se abate un roble bajo el hacha formidable del rayo que le aniquila.

Le recogió sin sentido la gente que le rodeaba y le llevaron a la casa de Susana, la enviada del conde de Bly, donde no tardó mucho en aparecer llena de angustia y de pena la exquisita Manon, que había podido escapar de la jaula en la que la encerrara el maldito conde.

Y allí, a sus pies, llorosa, le dio cuenta de todo lo ocurrido y borró con sus besos los dolores pasados. Jamás había estado tan encantadora Manon, ni jamás fuera Des Grieux tan dichoso como lo fué en aquellos momentos. ¡Qué pronto olvidó los dolores pasados, y con qué dulce rendimiento entregó su alma a su adorada Manon, feliz también como nunca lo fuera! ¡Sus almas estaban vestidas de blanco cuando al caer de la tarde de aquel dichoso día se volvieron a comulgar en el sagrado tabernáculo del amor!

III

Vuelve la felicidad a iluminar sus días. Su resplandor es igual que el último y más intenso de una luz que se apaga: dura muy poco... El dinero escasea otra vez, y Manon, sin joyas, sin sedas y con el único tesoro que la resta, con su singular belleza, sufre en silencio la escasez de dinero de su amante que no se resigna a verla sufrir, sabiendo como sabe que su pobre enamorada está acostumbrada al lujo y no a las privaciones.

—¿Qué hará Lescaut — decía cierto día al cínico hermanastro de Manon — para que mi bien amada no pase tanto mal rato y tanta fatiga? ¡Dios mío, ilumíname!

—Déjale a Dios en paz, que en el cielo está muy bien acomodado, y piensa que aquí, en la tierra, el verdadero Dios es el dinero. Hay un medio de que no pases fatigas. Tú estás muy bien relacionado, tienes un nombre ilustre y no eres sospechoso a nadie, ni ninguno se desdoraría jugando contigo. Con un poco de habilidad habrías ganado la batana.

Lescaut sacó unos naipes del bolsillo, y continuó: —¿Ves estas cinco cartitas? Pues en ellas está la base de tu fortuna.

Des Grieux no sabía qué hacer: si abofetear al canalla y despedirlo de su casa para siempre, o hacer caso de sus consejos. En estado normal le hubiera abofetado, pero cuando el amor manda en un corazón y éste ve a la persona amada llorar, por borrar una sola lágrima suya se daría la vida y el honor y la dignidad. Las preocupaciones que Des Grieux tenía se desvanecieron ante la cara pálida y triste de su Manon.

—¡Vengan esos naipes! ¿Qué he de hacer con ellos? —Vámonos a mi casa y lo verás, no sea que se entere Manon y nos arme un escándalo.

Aquel día el honrado y bueno hasta entonces caballero Des Grieux, el hijo de un mariscal de Francia, hizo trampas en una sala de juego, apostando contra el conde Bly, al que ganó cuanto dinero llevaba encima, y 400 escudos de oro que el conde jugó bajo su palabra, sin darse cuenta, hasta el final del partido, de por qué ha perdido su dinero y de qué forma se lo ha robado Des Grieux.

Entretanto que su amante hace de caballero de industria en una de las más nobles mansiones de la aristocracia francesa, Manon, atraída por el lujo, se dirige a un salón de modas en donde se encuentra con el hijo del conde de Bly, al que ha mucho tiempo sabe enamorado de sus encantos, el cual se sorprende al verla de tan pobre modo ataviada, y transforma su indumentaria sin reparar en gastos, aunque para ello haya de empeñar su palabra de honor y firmar un recibo por mucho más de lo que le prestaron para ataviar a la deliciosa Manon, que bajo las sedas y las plumas vuelve a ser la frívola coqueta de siempre.

Manon no es mala, es inconsciente, pues al aceptar los regalos del enamorado vizconde, no promete nada. No se da cuenta tampoco del alcance que aquellos regalos tienen para quien los hace, ni se preocupa de lo que pueda pretender el enamorado manco, pues

Este número ha sido visado por la censura

tiene de la vida una opinión equivocada, y nada le parece tan natural como el acto de irreflexión que comete al volver a su casa de tan estrepitosa manera vestida.

Su amante la espera impaciente y nervioso: su conciencia de hombre honrado le pesa con el recuerdo del acto cometido, y apenas se atreve a mirar el oro que lanzó sobre la mesa, y que tan vergonzosamente llegó a su poder. Está aplazado por los remordimientos, y únicamente podría calmarle la presencia de la bella que le obliga a la realización de actos tan ignominiosos como el cometido.

Arrolladoramente bella, elegantísima dentro de su vestidura magnífica se le aparece al fin Manon con la sonrisa en los labios y deseosa de ser admirada por Des Grieux.

¡Pobre caballero, y qué contrario efecto le causa su amante de aquella guisa tocada! ¡Un rayo que hubiese fulminado su destrucción, no le hubiera causado tan mal efecto! Vuelve la duda a buscar un hueco en su cerebro y en su corazón, y lleno de rabia se dirige a Manon, que no esperaba que su amante la recibiera tan iracundo y amargado.

—Manon, Manon! ¿De dónde vienes de esa manera? ¿Qué miserable me roba otra vez tu cariño? ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Es que merecen este pago mis acciones?

Angustiado como un niño cayó de bruces sobre la mesa llorando lo que creía traición de aquella mujer, a quien sacrificó su vida entera, y por la que tiró su honor, su posición y su buen nombre a lo más canalla y repulso del negro lodo de la ignominia.

—¡Amor mío! ¡Mi cielo! ¡No llores tú, mi vida! —clamaba Manon, asustada por aquel dolor tan intenso que alteraba el rostro de su amado.

Fue secando sus lágrimas, besándolas según corrían por las mejillas tostadas del desconsolado amante, y fue explicándole el por qué venía de aquel modo vestida.

—No dudes de mí, mi caballero. Para mí en el mundo no hay nada más que tu cariño. Te juro que es verdad cuanto te digo... ¡Nene!

Y le besaba dulcemente, tiernamente emocionada, por aquel tan grande amor, que cada vez iba arraigando más en su espíritu, sensibilizado por la pasión.

Los sollozos del caballero fueron aminorando y su congoja fué haciéndose menor, hasta que en un momento de absoluta decisión tomó en sus brazos a la amada de todo su corazón y con apasionado acento, la dijo:

—¡Manon! Sin ti mi vida es un infierno. Te lo perdono todo porque, aunque fueses mi infierno, te perdonaría mi corazón, incapaz de latir, si tu cariño le faltase. No quiero pensar más. Quiero que seas mi esposa, para que, dignificada a los ojos de todos, pueda caer contigo a los pies de mi padre, para que nos perdone. Mi padre es bueno y accederá a mis ruegos. No quiero verte pasar malos ratos: ¡no puedo! ¡no puedo! ¿Quieres ser mi esposa ante Dios y los hombres, Manon?

—¿Qué más podía esperar, ni qué más pedir pudiera la eternamente enamorada?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó sintiendo abrirse su alma al influjo de aquella dulce esperanza que realizaba todos sus sueños. Busca una corona y un velo. Prepara cuanto antes nuestra unión y ven por mí, que mi alma es toda tuya y quiero jurarte ante el altar su amor inmenso...

Lo que pudo terminar en tragedia, acabó en comedia sentimental, cuando Des Grieux salió presuroso a comprar la corona de flores que había de adornar la loca cabecita de la mujer amada y a buscar un sacerdote que diese colmo a sus deseos.

El conde Bly, no ha dejado un momento de espiar a la paloma que tan certeramente rindió su corazón senil y aprovecha este momento en que Des Grieux ha salido, para entrar en compañía de dos hombres que se apoderan de Manon a la fuerza, mientras él distrae a Susana, la dueña de la mansión que habitan los amantes y un tiempo alcahueta del viejo conde.

Un coche cerrado espera la presa, el cual, una vez ha ocupado su sitio el conde, arranca veloz, ante la sorpresa de Des Grieux que, al ver a Manon dentro del coche, se cree una vez más engañado por la falaz coquetería de Manon que, vuelta en sí de su desmayo, suplica, llora y ruega inútilmente al conde, que no ceja en su empeño: la conduce a la prisión de Saa Lázaro, donde la encierra, acusándola de libertinaje.

El Conde de Bly está decidido a vengarse de Manon si ésta no acepta las proposiciones del viejo ni vuelve a su casa. El prefecto de la corte le presta su omnímodo apoyo, y la desgraciada Manon en la prisión se que-



da condenada a sufrir el hambre, el frío y las imperitencias de sus compañeras, mujeres de la más canalla estofa de los bajos fondos de París.

Un día, estando en la prisión condenada a trabajar mucho más de lo que sus fuerzas la permitían, vió entrar en ella al viejo conde, al que acompañaban una de sus antiguas queridas y su cínico hermano Lescaut, el cual, valiéndose de una genial estratagemas, que consiste en hacerla pasar por la querida del conde a la que robaron sus ropas, logra salvarla de la prisión.

Manon apenas se ve libre, corre veloz a la casa de su amado, el cual, a pesar del amor que la profesa, teme volver a ser engañado por Manon y la repudia, siguiendo los consejos de su padre y su amigo Tiberio, que de ella tienen una opinión desfavorable.

¡Pobre juguete del destino! La desgraciada Manon, a la que su amante no cree su odisea del presidio por juzgarla una estratagemas, vuelve a la calle abandonada de todos, con la muerte en el alma, al verse despreciada por el hombre a quien adora tanto.

Vuelven los agentes de la justicia a encontrarla y vuelve a la prisión donde es condenada a deportación.

El convoy de los deportados está preparado, y París en masa presencia el bárbaro espectáculo como si de algo alegre se tratase. Momentos antes de salir de la prisión, aun intenta el conde salvar a Manon, haciéndola proposiciones que no son admitidas por la hermosa que, una vez que perdió su amor, tanto la importa la vida como la muerte. Grandes son los esfuerzos que el conde hace para convencerla; pero Manon ya no es la misma: su pasión la transfiguró y, enamorada de lo que para ella parece imposible, rehuye al conde y le abofetea, poniéndole en ridículo ante la muchedumbre que aplaude frenética el acto de Manon.

El carro de los deportados la espera y a él la arrojan los ejecutores de la sentencia inicua. A través del empalado del carrón que ha de conducirla al destierro resalta su belleza trágica, en aquel instante en que la muerte que la roe las entrañas empalidece su cara en la que triunfan las azucenas, a las que parecen perseguir los crisantemos tétricos de la desolación.

—¡Todos me abandonan! ¡Todos! ¿Qué pensará mi amado? ¡Dios mío, que algún día llegue a comprender mi amor y me perdone, como yo le perdono al verme abandonada!

El caballero Des Grieux no podía abandonarla y mucho menos después de haber conocido la desgracia que la afligía. Desesperado y loco, lleno de remordimientos y dispuesto a todo por salvarla, llega hasta el Prefecto de la Corte al que pide clemencia para ella. Pero el Prefecto está avisado por el mariscal, padre del caballero, y tiene órdenes de aquél de encerrar a su hijo por unos días, cuando a él se dirija pidiéndole clemencia.

Des Grieux lucha por la libertad contra los sicarios del Prefecto y sucumbe ante el número, siendo arrastrado a la prisión, para que no pueda salvar a su adorada que en aquel momento se dirige al destierro sola, enferma y triste.

Auxiliado por la Providencia tal vez, logra el caballero burlar a su guardián y, medio loco, se lanza tras el convoy que ya ha traspuesto las puertas de París. Alas en el alma y en los pies lleva Des Grieux, para salvar a su adorada Manon que se ha desmayado apenas salió de París.

Las compañeras que con ella comparten el estrecho carrozón, temerosas de que se les muera en las manos, piden a los soldados que las conducen un poco de clemencia para aquella desgraciada.

Almas negras, más ruines que la misma miseria, se rien de sus súplicas y las castigan con el plano de sus sables.

Parece mentira que sean hijos de aquel pueblo que, habiéndose enterado de lo que ocurre, clama iracundo contra los sicarios que tan poca compasión tienen de una tan débil y hermosa criatura. Pero el pueblo es bueno, esa noble y no teme a los sables con que le amenazan los soldados borrachos, y a ellos se lanza, dispuesto a arrebatarles aquella débil mujer que muere y a castigar lo ruin de su corazón.

En este momento llega hasta el lugar en que ocurren los sucesos el desgraciado Des Grieux que, saltando por encima de todos, llega hasta el carro y se apodera de aquel preciado tesoro de su alma a la que su amor condujo a los umbrales de la muerte.

Corre el caballero, con su preciosa carga, por las tortuosas callejas de los viejos barrios de París hasta que casi sin fuerzas llega a la casa de su padre.

Ya es tarde; las penalidades sufridas y todas las amarguras que pasó han producido hondas huellas en la salud y en el corazón de Manon.

El padre del caballero, ante aquella desgraciada criatura y ganado su corazón por la inmensa pasión que une aquellas almas, les bendice y perdona.

Manon es feliz. —¡Muy feliz! —cuando en brazos de su acongojado caballero lanza el último suspiro. Ha pagado a la vida con la muerte y a la muerte con una sonrisa que idealiza su rostro peregrino, en el que las azucenas dejaron el puesto a los tristes crisantemos que la muerte para ella hizo florecer.

FIN

ESTABLECIMIENTOS
DALMAU OLIVERES,

S. A.

Drogas
Productos Químicos
y Farmacéuticos

Central:

Paseo de la Industria, 14

Teléfono 1408 A

Sucursales:

Plaza de la Universidad, 8

Teléfono 1406 A

Ronda San Antonio, 1

Teléfono 2425 A

Paseo de Gracia, 132 y Salmerón, 2

Teléfono 1487 G

B A R C E L O N A

** * **

Sucursal en Palma de Mallorca

Av. Alejandro Rosselló, 7, 9, 11

Sucursal en Córdoba

Gran Capitán, 40

Los pozos mortíferos !

Tanto en el campo como en el borde del mar, el agua que debemos consumir no presenta siempre todas las garantías deseables de pureza. Es así como las más graves enfermedades epidémicas, como:

Fiebre tifoidea, Disentería, Tuberculosis,

pueden ser transmitidas por las aguas contaminadas. No es suficiente hacer hervir el agua, es indispensable darle las virtudes terapéuticas que la simple ebullición es impotente para procurarle. Las personas que en todas las comidas, hacen un uso constante y regular del agua purificada y mineralizada por los

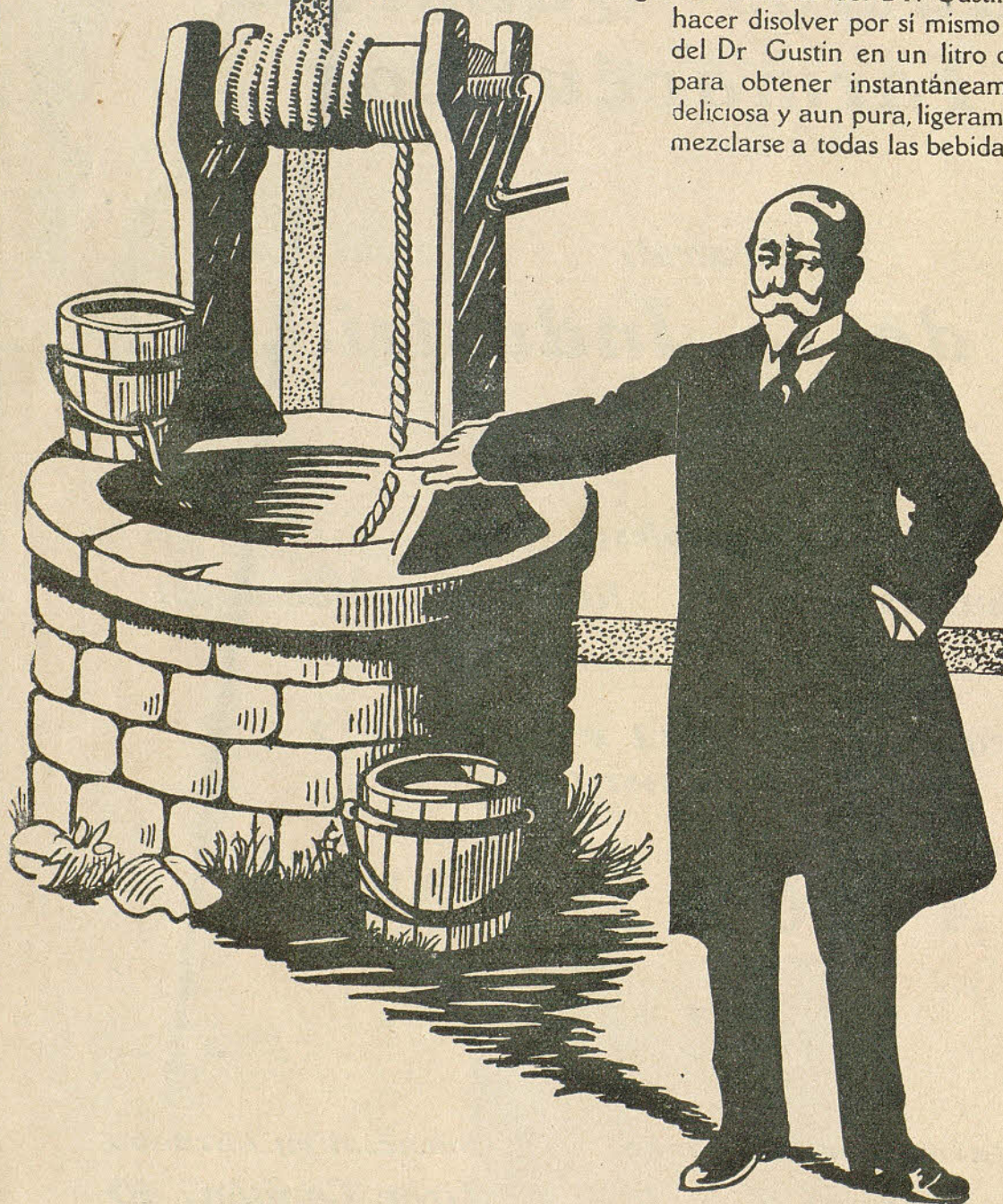
LITHINÉS del D^r GUSTIN

tienen todas las probabilidades de resultar indemnes de las más graves enfermedades epidémicas. Además, estas personas escapan a la obstrucción gástrica, a la diarrea, a la congestión del hígado y riñones, gracias a un lavaje que operan en la sangre los Lithinés del Dr. Gustin. No es necesario sino

hacer disolver por sí mismo un paquete de Lithinés del Dr. Gustin en un litro de agua pura o hervida para obtener instantáneamente un agua mineral deliciosa y aun pura, ligeramente gaseosa, que puede mezclarse a todas las bebidas, especialmente al vino, al cual da un sabor exquisito.

Los Lithinés del Doctor Gustin se encuentran en todas las farmacias del mundo entero. Las personas que no los hallasen en las localidades donde residen, pueden pedirlos al Depositario único para España:

Establecimientos
DALMAU OLIVERES, S. A.
Paseo de la Industria, 14
Barcelona



¡Atención!

Es de la mayor importancia para la salud, rehusar las groseras e ineficaces imitaciones, que muchas veces son ofrecidas a una demanda de Lithinés del Dr. Gustin. Para estar seguro de no ser engañado, debe exigirse sobre la caja de hojalata y sobre cada uno de los 12 paquetes que contiene, el nombre entero del Dr. Gustin, el cual garantiza la autenticidad, así como el valor terapéutico del producto.